



Pascal Faulliot

El Blanco Invisible

Comentario [LT1]:

(CUENTOS Y NARRACIONES)

LOS CUENTOS DE LA MARAVILLOSA SABIDURÍA Y LA DANZA DEL VACÍO

Siempre es grato ver aparecer un nuevo libro que, de una manera indirecta, a través del cuento o de la poesía, enseña la auténtica sabiduría. La tradición japonesa, como todas las tradiciones antiguas, es extremadamente rica en cuentos y en narraciones de todo tipo. La aportación de cuentos y prodigios de la tradición budista no deja de ser menos importante.

Pascal Faulliot ha hecho una gran obra de adaptación al reunir estos cuentos y narraciones de las artes marciales. Hay que ver en los textos que nos presenta sólo una agradable e inteligente manera de dar a conocer acontecimientos y narraciones a veces auténticos, como es el caso de los recuerdos de Eugen Herrigel sobre el gran Maestro de arco, Awa, o las concernientes al fundador del Aikidó, el Maestro Ueshiba. Es difícil saber dónde acaba la historia y donde comienza el cuento en este mundo sutil y un poco mágico, real o maravilloso, de los grandes Maestros. Es evidente que el “último secreto” nunca es verdaderamente transmisible y que, sin embargo, aquel que quiere puede comprender y ser iniciado, o “robar” el secreto, tal como el joven Yang Lu Chan, del siglo XIX, que consiguió ingresar en la familia del Maestro Chen Chang Hsiang que detentaba el secreto de una forma de combate a mano desnuda, conocido desde entonces con el nombre de tai-chi.

Yang consiguió ser empleado como sirviente. Cada día oculto en un rincón. Un día seguía las

lecciones del Maestro fue sorprendido por el Maestro. Nadie había conseguido jamás violar el secreto de una enseñanza varias veces centenaria. Su vida estaba en juego. Pero el Maestro comprendió que Yang actuaba impulsado por el deseo real de aprender por lo que accedió a enseñarle. Más tarde, convertido en un gran Maestro, Yang dio a conocer parte de los secretos de la que es sin duda la más grande de todas las artes marciales.

Todos estos cuentos o narraciones poseen una enseñanza constante: el espíritu racional, el deseo de eficacia caen presos de sus propias trampas. Subyacente a la realidad, aparece otra realidad, se manifiesta una eficacia casi absoluta, y aquel que creía actuar o golpear es súbitamente vencido o alcanzado profundamente. Por ejemplo, esos bribones que tan mal acaban después de atacar a un Maestro de tai-chi que apenas se defiende. El Maestro Awa, para ilustrar que lo esencial había sido adquirido, y por supuesto la eficacia, clava una flecha en un blanco que se encuentra en el fondo de un pasillo sin luz. Después lanza una segunda flecha que quiebra a la primera. De la misma manera, la fuerza ágil de un viejo Maestro vence el ardor impetuoso de un joven samurai. Podríamos multiplicar los ejemplos hasta el infinito.

Estas historias tienen como meta hacernos comprender que el umbral a alcanzar y la verdad a comprender nunca son evidentes, que la verdadera eficacia es a menudo secreta y oculta, incluso voluntariamente disimulada, ya que el colmo del verdadero conocimiento es burlarse de él, fingir que no se sabe nada. Personalmente he conocido a varios Maestros verdaderos que en apariencia podían ser confundidos con las personas más comunes. Esta viva tradición, particularmente en el mundo del sufismo, se ha convertido de hecho en una característica esencial del sufismo mismo. Se dice a menudo que un *pir*, un Maestro, y sobre todo un Maestro de Maestros, un *polo*, debe permanecer desconocido, incluso a veces a sí mismo.

La Humanidad está sembrada de seres cuya calidad interior es un campo de fuerza determinante para el bienestar y la protección de la vida. Estos seres, en sí mismos centros espirituales, están ahí para crear alrededor de ellos influencias benéficas propicias para mantener y transmitir la tradición secreta.

Este es un punto estable, un centro que existe en cada ser y que es posible realizar, ya que no requiere nada que no esté en el hombre: una apertura a la sabiduría infinita desde adentro, una apertura a través de la cual surge a la luz y florece una sabiduría que como la de estos Maestros fascinantes, hace que los gestos, los dedos, los bastones, las cosas más insignificantes, se muevan como en la danza del Vacío.

MICHEL RANDOM

Una herencia milenaria

El mensaje de los cuentos

Los Maestros han utilizado desde siempre la virtud mágica de los cuentos para intentar hacer presentir lo inefable. No es nada extraño que las narraciones de artes marciales encierren el sentido profundo de estas disciplinas que ante todo son una escuela de vida.

Lo más sorprendente reside en el hecho que la mayoría de las historias reunidas en este libro están basadas en hechos auténticos. Su impacto es así mucho más fuerte: son la prueba que la vida encierra un misterio, un secreto que no sospechamos. Al darnos el sabor de una dimensión desconocida, testimonian que lo increíble no es imposible, que lo extraordinario puede mezclarse con lo cotidiano.

Estas narraciones ejemplares no son lecciones morales, no tienen nada que demostrar. Su objetivo es otro: provocar preguntas cuya única respuesta es la práctica.

El arte de detener la lanza

Las verdaderas artes marciales no pueden ser confundidas con los simples deportes de combate. Un signo, un símbolo expresa a menudo más que un largo discurso. Los ideogramas para designar el arte marcial son los mismos en China y en el Japón. Únicamente difieren en su pronunciación. Los chinos dicen wu-shu, los japoneses *bu-jutsu*. “Arte marcial” o “arte de combate” es una traducción que traiciona un poco el “espíritu” del ideograma original que se descompone en dos caracteres: “detener” y “la lanza”. Comprendido originalmente como el “arte de detener la lanza”, el arte marcial toma así su significación esencial. Más aún si se comprende que esta fórmula puede interpretarse a la vez como el “arte de detener la lanza del adversario” y el “arte de detener la lanza propia”. Es decir, el Gran Arte de la pacificación exterior y de la armonía interior.

El arte y la Vía

En las civilizaciones antiguas, cuyos testimonios existen aún vivientes en Oriente, las artes tradicionales conducen a una Vía que permite al hombre, al precio de un aprendizaje largo y difícil, profundizar su experiencia de la realidad y de él mismo. Poco a poco, el aprendiz descubre las leyes que rigen las fuerzas sutiles con que la vida está tejida, y aprende que la calidad de sus obras depende del dominio de sí mismo, de lo que él es. Su trabajo exterior es el soporte de una metamorfosis interior.

Este es el origen de una confusión que nos hace creer que el “kung-fu” es el “boxeo chino”. Para designar su Arte de combate a manos desnudas, los chinos dicen *chuan-shu*, el “arte del puño”. Kung-fu expresa el esfuerzo consiente, el entrenamiento perseverante en vista de realizar una obra de arte o de conseguir el dominio de sí mismo. La confusión proviene de las estrechas relaciones que existen en China entre las artes marciales y la realización del ser humano. Pero lejos de ser utilizado exclusivamente por las artes marciales, el término kung-fu sirve para expresar el nivel de un hombre en cualquier dominio. Para decir que un caligrafista ejecuta un trabajo de calidad, los chinos dicen que su “kung-fu” está muy avanzado.

En el Japón existe la Vía de la caligrafía (*sho do*), la de la ceremonia de té (*cha do*), la del arreglo floral (*ka do*), de hecho, una Vía para cada arte antiguo. El arte del combate no escapa a esta regla. El budó designa el sendero abrupto que serpentea en el corazón de las artes marciales. Esta Vía del combate es escarpada. La presencia del adversario exige la presencia de sí mismo en cada gesto que es así una cuestión de vida o muerte. Un fallo en la concentración, un desequilibrio entre el cuerpo y el espíritu no perdonan en un combate real y representan un gran riesgo en los entrenamientos. Rápidamente se descubre que el adversario más peligroso no hay que buscarlo en otra parte más que en sí mismo. La Vía del combate adquiere así un sentido diferente.

Dōjō significa en japonés “el lugar de la Vía”. En él se practica el budó. Equivalente a un templo, el

dôjô es un lugar sagrado en el que se recibe una enseñanza, en el que uno se ejerce y se regenera. Pero el budô, repiten los Maestros, no se practica solamente en el dôjô. Es un arte de vivir que se experimenta a cada instante.

El verdadero dôjô, añaden los Maestros, es el que el discípulo debe construirse en su corazón, en lo más profundo de sí mismo.

La génesis de las wu-shu

El origen de las wu-shu, las artes marciales chinas, sigue siendo insondable. El chuan-shu, el arte del combate a mano desnuda, es actualmente el más famoso. Sus orígenes se remontan al menos al año 2000 a.C. Vasijas y frescos del año 1400 antes de nuestra era representan técnicas de combate en las que se utilizan puños y pies. Parece que el *chuan shu* fue muy pronto, incluso quizá desde su comienzo, una disciplina completa tal y como lo testimonian indiscutiblemente las actitudes representadas en un pergamino de la dinastía Han (202 a.C.). En él se ve efectivamente tanto técnicas marciales y terapéuticas como un gestual simbólico y sagrado.

El chuan shu y el taoísmo, la Vía iniciática china, están íntimamente unidos desde los tiempos legendarios. Numerosas leyendas hablan de la creación de una escuela de combate por un adepto del Tao. La historia oficial lo confirma puesto que los anales conservan el recuerdo del célebre médico taoísta Hua To (220 a.C.), que creó un método fundado sobre el comportamiento de cinco animales, relacionados con los cinco elementos de la alquimia taoísta.

Pero la leyenda acuerda el lugar relevante a un monje budista que llevaba en sus alforjas un método revolucionario.

La escuela de Bodhidhanna

Daruma, más conocido por el nombre de Bodhidharma (El Iluminado), fue un monje hindú que recorrió la China a principios del siglo VI para renovar el budismo que se encontraba en plena decadencia. La corriente reformadora* que se inició con el nombre de *Chan* pasó al Japón bajo el nombre *Zen*.

** Basada sobre la práctica de la postura de meditación por la que el Buda llegó al Despertar; postura inmóvil y derecha, postura sedente con las piernas cruzadas en loto o en semi-loto, la atención está concentrada sobre una expiración larga y profunda empujada hasta el bara, zona llamada también kikai tandem, es decir, el océano de la energía, y que se encuentra tres dedos debajo del ombligo.*

Después de haber viajado durante la mayor parte de su vida, este patriarca del Zen, se asentó en el monasterio de Shaolin. Desde su llegada constató que los monjes del monasterio eran incapaces de concentrarse para meditar y descubrió que la causa de ello era su estado de debilidad, producto de los ejercicios ascéticos, las interminables discusiones doctrinales y sobre todo el abandono de cualquier práctica física.

Con el fin de restablecer su salud y permitir una unión armoniosa entre el cuerpo y el espíritu, origen de toda evolución espiritual, Bodhidharma les enseñó una serie de movimientos surgidos en su mayor parte de las artes marciales indias y chinas que él mismo había perfeccionado en el curso de sus largos y peligrosos viajes. Este método, completado con técnicas de hata yoga, tomó el nombre de *i chin ching*.

El monasterio de Shaolin se convirtió a continuación en la escuela más célebre de wu-shu. Los monjes que se sucedieron en él no dejaron de practicar y de perfeccionar el Arte del Combate. La lección de Daruma parece haber aportado sus frutos.

El arte de los monjes de Shaolin fue enseñado durante siglos a la sombra de los muros del monasterio. Sólo los monjes eran iniciados pero algunos de ellos dejaron Shaolin para ir a enseñar su arte por los demás monasterios y, a veces, a los laicos. Poco a poco, el *Shaolin pai* terminó por popularizarse, sobre todo después de la destrucción del monasterio en 1723.

Las artes marciales chinas llevan aún la marca del monasterio. El estilo de combate más extendido en

China fue y sigue siendo el *Shaolin pai*. Pero difícilmente comprensible para la masa de practicante, este arte degeneró en un simple método de combate, que utiliza más la fuerza muscular que las cualidades internas.

Decepcionados por esta decadencia, algunos practicantes se volvieron sobre los estilos llamados “internos”, las artes del *nei chia*, puesta a punto y transmitida en el seno de círculos muy cerrados de adeptos taoístas.

El arte de la mano suave

La leyenda afirma que el renovador del chuan shu, el arte del puño, y el iniciador de los estilos

Los pensamientos que pasan como nubes en el cielo no deben ser entretenidos. Véase Entrevistas a un Maestro Zen, Ed. Kairos; La Práctica del zen, Ed. Kairos; y Zen y Artes Marciales, Ed. Cárcamo, todas obras del Maestro Taisen Deshimaru. (Nota del Editor).

“internos” fue un asceta taoísta conocido con el misterioso nombre de Chan San Fong, el Maestro de los Tres Picos. Sin lugar a dudas heredero de una tradición milenaria, que tomaría y adaptaría, este sabio pasa por haber creado el *wu-tang shu*, “el arte de la mano suave”, presumiblemente antepasado del *tai chi chuan*.

Traducido generalmente por el “arte del puño supremo” o el “boxeo último”, el *tai chi chuan* es considerado a menudo como una simple gimnasia terapéutica solamente interesante para las mujeres y los ancianos. Las apariencias engañan. Los movimientos son ejecutados lentamente durante años. Sin embargo, más de un temible experto ha lamentado amargamente un enfrentamiento con un Maestro de *tai chi chuan*. El secreto de este arte está en su nombre: *la traducción literal significa en efecto “la acción (chuan) de la energía (chi) en el cuerpo (tai). Verdadera Vía de la alquimia taoísta, el tai chi chuan revela al buscador paciente la llave de la ciencia de las energías.* Y por lo tanto una cierta invulnerabilidad.. a condición de que no olvide que uno de los nombres dados a este arte es “la lucha contra su sombra”.

El segundo estilo “interno” es el *pa kua* que saca su nombre de los ocho trigramas, los ocho elementos primordiales según el *I Ching*, o el *Libro de las Mutaciones*, “Biblia” de los taoístas. Estos ocho trigramas son representados a menudo alrededor de un círculo que contiene armoniosamente los símbolos del yin (pasividad) y del yang (actividad). Se piensa que el creador de este arte fue un asceta taoísta. Muy cercano al *tai chi*, el *pa kua* enseña la ciencia de la energía a través de movimientos circulares y continuos. Al comienzo del aprendizaje el ritmo es lento y con el paso de los años es acelerado hasta alcanzar una extraña rapidez, hecha posible por el desarrollo de la flexibilidad y de la fluidez *Hsing i* significa “la forma, la acción del espíritu”. Este es el nombre del tercer gran arte “interno”. La búsqueda de la armonía del cuerpo y del espíritu es la misma que en los estilos precedentes. Sólo el trabajo gestual difiere: estos gestos se basan sobre un mayor uso de los movimientos lineales y discontinuos, como en el karate japonés.

Otros estilos del arte del puño se desarrollaron paralelamente. Algunos han degenerado rápidamente en métodos llamados “duros” y “externos”, en los que la fuerza es lo más importante. Otros se acercan a los métodos “internos”.

Algunos estilos de nombres evocadores merecen ser citados: el estilo de la “garza blanca”, el de la “mantis religiosa”, “garras de águila”, “primavera radiante”, el arte del “laberinto”, de la “huella perdida” ' el de las “ocho divinidades ebrias”, el del “borracho”. Se advierte que los chinos han encontrado una gran inspiración en el estudio de la naturaleza. Algunas escuelas llevan el nombre de un animal que los practicantes toman como ejemplo. De todas maneras la mayoría de los estilos estudian las actitudes y los movimientos de los diferentes animales. El modelo ideal es desde luego el del Dragón, que es al mismo tiempo el del tigre y el de la serpiente, el de la fuerza y el de la flexibilidad, el de la firmeza y el de la fluidez.

Otro punto es que todas las escuelas utilizan los *tao*, que como los kata japoneses son encadenamientos de movimientos. No solamente constituyen un entrenamiento para el combate sino que son también un gestual simbólico, un ejercicio de concentración.

Las armas utilizadas en las artes marciales chinas son diversas y numerosas: sable, espada, lanza, bastón, mangual, alabarda, hoz, etc... Numerosas escuelas del Arte del puño completan su enseñanza con el manejo de armas que son consideradas como una prolongación del cuerpo y por lo tanto como

un excelente método de dominarlo.

Si el héroe a mano desnuda es el más popular en China, los japoneses prefieren al Maestro de sable, el samurai.

El budô y los *bu-jutsu*

Las artes marciales japonesas son en muchos aspectos las herederas de las chinas. La civilización japonesa, aunque fuertemente influenciada por la cultura del Imperio del Medio, es sin embargo de una remarcable originalidad ya que el país del Sol Naciente es un crisol que integra y absorbe para remodelar después a su gusto.

La savia sutil del budô no ha dejado de alimentar las artes marciales japonesas. Los Maestros japoneses del comienzo del siglo, temiendo quizás el contacto de Occidente y el choque del mundo moderno, han querido poner de manifiesto la importancia esencial de la Vía (Do) cambiando los antiguos nombres de los *bu-jutsu* tales como *ju-jutsu*, *aiki-jutsu*, *ken-jutsu*... en Judô Aikidô, Kendô... De esta manera esperaban que el gran público no confundiera las artes marciales con los deportes de combate y que el sentido de la Vía no desapareciera en los meandros de la historia.

Los *bu-jutsu* son la continuación del budô en dos sentidos: para alcanzarlo y para que él nos alcance. Aquel que ya ha asistido a una demostración de categoría, o que ha tenido la suerte de ver el magnífico film de Michel Random, sin duda se habrá sentido impresionado por la armonía de los movimientos, por la belleza gestual.

Numerosos espectadores compararon incluso estas artes a danzas viriles o a ceremonias sagradas. Comparación que sin lugar a dudas no le habría venido al espíritu observando un combate de boxeo o de lucha libre.

Por supuesto que el azar no tiene nada que ver. La búsqueda técnica efectuada desde la noche de los tiempos por los Maestros japoneses que han sabido integrar los conocimientos de sus homólogos chinos, se ha basado siempre en los principios de relaciones complementarias que rigen el Universo. El juego de fuerzas activas (*yang*) y pasivas (*yin*) es puesto en práctica con una precisión extraordinaria en los movimientos de ataque y de defensa de manera que se pueda neutralizar al adversario con un mínimo de esfuerzo y un máximo de eficacia. De aquí surge, casi naturalmente una pasmosa armonía de los gestos.

Los katas sobre todo son los que encarnan el aliento del budô. Los *katas* (formas, modelos) son un encadenamiento de movimientos predeterminados. A primera vista sirven para asimilar las técnicas, para aprender a utilizarlas en la perspectiva de un combate. También se les atribuye numerosos efectos benéficos para la coordinación física y respiratoria, para el sentido del ritmo, para la concentración así como para la salud cuando son practicados correctamente. Los Maestros los han utilizado para transmitir sus conocimientos. Transmisión de técnicas, de tácticas de combate, desde luego, pero también son un simbolismo espiritual. Los katas son portadores de un mensaje codificado a varios niveles que sólo revela su secreto después de años, o más bien después de toda una vida de práctica intensiva. El origen de los katas actuales es muy antiguo. Los Maestros o los monjes que los crearon lo hicieron con el fin de que sirvieran como testamento para sus alumnos y para las generaciones futuras, en la esperanza de que la forma no fuera separada del corazón, y que los *bu-jutsu* continuaran sirviendo a la Vía.

Los *bu-jutsu* armados

Contrariamente a una idea muy extendida, las artes de combate japonesas no fueron practicadas exclusivamente por la clase de los *bushi* (o samurais). Los hombres del pueblo, y sobre todo los monjes, supieron convertirse en practicantes experimentados y a veces en Maestros.

No hay que confundir pues el *bushidô*, la Vía del guerrero, con el budô la Vía de las artes marciales. Sin embargo la utilización de armas de guerra fue el privilegio de los samurais, sobre todo a partir del siglo XVI en el que un decreto ordenó la confiscación de las armas en poder del pueblo.

El KEN-JUTSU, la esgrima, era el entrenamiento de base del samurai. El sable fue el *garde du corps* del guerrero que nunca se separaba de él.

De pie, sentado o acostado, el samurai debía estar preparado para desenvainar con el fin de salvar su vida, constantemente amenazada en la época feudal. Comprendiendo que no era indispensable

efectuar una esgrima extenuante para vencer, el guerrero nipón perfeccionó al grado más alto el IAI, el arte de desvainar el sable y golpear al adversario incluso antes que éste tuviera tiempo de ponerse en guardia. Arma del guerrero por excelencia, el sable tiene también una plaza de honor en numerosas ceremonias religiosas en el Japón. Los monjes sintoístas de los monasterios Kashima y Katori han fundado además escuelas de esgrima de gran reputación.

El KYU-JUTSU, el tiro con arco, junto con el *ken-jutsu*, fue una práctica reservada a la aristocracia de los bushi. Con la aparición de las armas de fuego, el arco comenzó a desaparecer de los campos de batalla, pero el kyu-jutsu ganó con ello en pureza. De esta manera se convirtió en una disciplina muy centrada sobre el desarrollo espiritual puesto que el tirador, en el dōjō, sólo debe vencerse a sí mismo para alcanzar el blanco. El tiro con arco ha sido conservado principalmente en los templos en los que aún hoy día existe un ejercicio ritual practicado cada día por los monjes. El kyu-jutsu es considerado por los japoneses como uno de los símbolos religiosos más grandes ya que “con un extremo de su arco, el arquero clava el Cielo, con el otro penetra la Tierra, y la cuerda tensa entre ambos lanza la flecha al Corazón del Blanco visible e invisible”...

El NAGINATA-JUTSU es la técnica de la hoz de guerra. Los yama-bushi, monjes guerreros, fueron los primeros en utilizar esta arma, en el Japón. Estos famosos yama-bushi (guerreros de la montaña) eran monjes budistas que vivían sobre las pendientes del monte Hiei. Estaban organizados en órdenes militares, como los templarios occidentales, con el fin de asegurar la protección de los santuarios contra los bandidos. Los yama-bushi fueron guerreros temibles. Sus monasterios se convirtieron en lugares elevados para la práctica de las artes marciales, de una gran reputación en todo el Japón. Numerosos samurais fueron a él para instruirse y perfeccionarse, Volviendo al naginata-jutsu, hay que decir que los yama-bushi manejaban particularmente de forma excelente la hoz de guerra. El célebre monje Benkei, compañero del héroe más popular de la historia japonesa - Yoshitsune-, entró en la leyenda con el naginata en la mano. Otro monje del siglo XII, Tajima “el cortador de flechas”, atravesó sano y salvo un puente barrido por las flechas, segándolas con su naginata. El empleo de esta arma se generalizó a continuación entre los samurais de todo tipo. Con la aparición de las armas de fuego, el naginata comenzó a ser relegado pero aún guardó un lugar privilegiado en las mansiones aristocráticas donde fue utilizado por las mujeres de los samurais para defender sus hogares. En el Japón continúa siendo la primera arma femenina.

En el siglo XVI, las armas de guerra fueron oficialmente prohibidas al pueblo, e incluso a los monjes, con el fin de asegurar la dominación de la clase aristocrática de los *bushi*. Pero una tradición marcial tenaz, alentada por la inseguridad de la época, continuó sobreviviendo en las aldeas, o en las ciudades ... y en los monasterios.

Campeños y artesanos transformaron sus útiles de trabajo en armas sorprendentes. Las trilladeras de arroz (*nunchaku*), las guadañas (*kama*), etc... no tardaron en concurrir con los sables.

El BO-JUTSU fue sin duda el arte marcial más practicado por el pueblo japonés ya que el *bo*, el bastón, era un instrumento simple de uso corriente. Utilizado por la mano de un Maestro puede convertirse en una de las armas más eficaces. Vagabundos, peregrinos, monjes y artistas errantes debían su supervivencia sobre los caminos infectados de maleantes a su habilidad en el uso del bastón. Basho, el célebre poeta Zen (1643-1694), uno de los más grandes del Japón, tenía la reputación de manejar el bastón con la misma habilidad que el lenguaje.

El valor de estas artes de combate popular terminó por ser reconocido por los samurais, a expensas de ellos, que las practicaron asiduamente, aunque sólo fuera para defenderse mejor.

De todas maneras, la mayoría de los Maestros solo alcanzaron un nivel alto después de haber asimilado varias artes marciales con el fin de extraer los principios comunes y comprender mejor la esencia de la Vía.

Todos los *bu-jutsu* que acabamos de citar dependen de un instrumento artificial. Sólo pueden ser estudiados o practicados si el practicante lleva sobre él un arma. Paralelamente a los *bu-jutsu* armados, las artes marciales a mano desnuda fueron practicadas ampliamente.

Los *bu-jutsu* a mano desnuda

Cuando un hombre es desarmado en el curso de un combate, su única suerte de sobrevivir reside en su habilidad para utilizar sus armas naturales, es decir, las de su cuerpo.

El JIU-JUTSU, o el arte de la flexibilidad, es un método de combate a mano desnuda que reposa sobre el principio de no-resistencia. Este arte utiliza sobre todo técnicas que permiten utilizar los

movimientos del adversario para ponerle fuera de combate. Método muy completo, el jiu-jitsu (o *jiu-jitsu*) utiliza todo el arsenal del cuerpo: desviaciones, proyecciones, barridos, golpes, llaves y estrangulamientos. El Judô deportivo surgió de él pero se alejó completamente. La puesta a punto del Judô por Jigoro Kano a comienzos del siglo no es más que su vago reflejo, empobrecido y mutilado.

AIKI-JUTSU significa Arte de la armonización de las energías. Muy próximo al jiu-jitsu en su técnica, este arte marcial no fue tan popular ya que era enseñado secretamente en el seno de ciertas familias de la nobleza guerrera. La familia Takeda fue una de sus depositarias. Fue sólo a comienzos del siglo XX que el último sobreviviente de la línea, Takeda Sokaku, aceptó divulgar un poco de esta enseñanza. Ueshiba Morihei fue aceptado entre el número de alumnos y se inspiró ampliamente en este Arte para crear el Aikidô, arte marcial centrado sobre la no-violencia y desprovisto de toda técnica ofensiva.

Las artes de combate de origen chino también se extendieron por el Japón. Se les llama kempo. El KARATE es el más célebre de estos kempo. Karate significa en japonés “mano vacía”.

En el archipiélago de Ryu-Kyu, en el sur del Japón, la isla de Okinawa pasó al siglo XV bajo la dominación china. Los ocupantes prohibieron a la población indígena la posesión de armas. Lejos de resignarse, el pueblo de okinawa desarrolló clandestinamente un arte marcial derivado del kempo chino: el *tode* o “mano de China”. Este arte fue introducido principalmente por monjes chinos, como lo testimonian cierto número de katas: un kata proviene del jion-ji, antiguo templo budista. El estilo Shorin-ryu evoca explícitamente su relación con el templo de Shaolin. La prohibición fue mantenida cuando en el siglo XVII Okinawa fue ocupada por un señor japonés. Practicada cada día más, siempre durante la noche, en secreto, el arte marcial local comenzó a ser conocido con el nombre de Okinawate. En el siglo XX, Funakoshi Gichin la introdujo en el resto del Japón. Entonces decidió llamarla “*Karate-dô*”, la Vía de la mano vacía, con el fin de remarcar su pertenencia al budô. La palabra kara (vacía) no fue elegida solamente para señalar el carácter de combate a mano desnuda de este arte, sino sobre todo por su significación moral y religiosa. Kara se refiere también al “vacío de toda intención agresiva” y evoca la experiencia Zen del “vacío”.

Esto parece estar lejos de la reputación de violencia que actualmente tiene el karate. Sus técnicas son en efecto, temibles, ya que están especializadas en los *atemi* los golpes sobre los puntos vitales con la ayuda de las manos, de los pies, de los codos y de las rodillas.

Si no es practicada en su óptica tradicional de arte de defensa y como Vía, el karate, separado del dô, degenera fácilmente en un boxeo peligroso que en ese momento no tiene ya ninguna relación con el Karate-dô, que fue practicado por Funakoshi Gichin hasta el momento de su muerte, a los ochenta y nueve años.

En el umbral del misterio

*“Cuando un hombre anciano
desplaza un peso enorme
o resiste con triunfo a varios jóvenes,
no se trata evidentemente
de un problema de fuerza.
¿Cómo puede suceder esto gracias
a la rapidez?”.*

WANG CHUNG YUEH

La biografía del Maestro Ueshiba Morihei, fundador del *Aikidó*, está llena de acontecimientos extraordinarios. En el curso de su existencia, más de una vez fue atacado de una manera completamente inesperada, tanto por detrás como cuando dormía. Sin embargo, nunca fue sorprendido, siempre consiguió neutralizar a su adversario. Un día, aceptó combatir sin armas contra un experto de Kendó, armado con su sable de madera (boken). Esquivó todos los golpes hasta que su adversario, cansado, renunció a atacarle.

El Maestro Ueshiba explicaba: Antes de que alguien me ataque, su ki viene hacia mí. Si lo evito y su cuerpo sigue su ki, sólo tengo que tocarle ligeramente para que caiga al suelo.

En el curso de una expedición a Mongolia realizó una proeza aún más sorprendente. Un soldado le estaba apuntando con un fusil a unos seis metros. En el momento en el que disparó, el soldado tuvo la desagradable sorpresa de ser asaltado por Ueshiba que lo desarmó.

El Maestro habría dicho: Existe un tiempo muy largo entre el momento en el que un hombre decide disparar y el momento en el que dispara efectivamente.

¿Tenía la facultad de jugar con el tiempo? ¿Podía escapar a las leyes de la física?

Sin lugar a dudas un hombre así es un enigma que molesta a los científicos oficiales y cartesianos. Sobre todo por el hecho que no se puede decir que estas historias forman parte de la credulidad supersticiosa de la Edad Media. Ueshiba Morihei es, en efecto, un Maestro contemporáneo, muerto en 1969. Numerosos testigos, aún vivos, pueden certificar lo que ellos han visto con sus propios ojos. Existen incluso fotografías en las que se ve a Ueshiba, frágil anciano de ochenta años, resistir el empuje vigoroso de un hombre joven, con el cuerpo relajado y una sonrisa en los labios.

Estos extraños poderes son comunes a todas las artes marciales. Constituyen la ciencia del CHI en chino, del KI en japonés. Esta es una noción difícil de traducir al francés o al castellano. Ki significa a la vez aliento, energía interna, atención, espíritu. Existen diferentes calidades de ki. Según la tradición oriental, el ki original se extiende por todo el Universo y se degrada poco a poco a medida que se aleja de la fuente, el Tao, para impregnar más o menos, en función de su nivel, a los seres y las cosas del cosmos.

Técnicas de respiración, de concentración y de meditación son enseñadas con el fin de sentir y dominar el ki.

El *KIAI*, vulgarmente llamado “grito que mata”, es de hecho el arte de dirigir, de proyectar el ki. Existen dos aspectos del *kiar*: un grito sonoro que emite una cierta calidad de vibración, grito que proviene del *hara*, el centro vital del hombre, situado en el bajo vientre. Este HARA es el centro de gravedad del cuerpo y condiciona su estabilidad, sus movimientos y sus desplazamientos. *Todo movimiento alcanza su máximo de eficacia si ha sido iniciado en este hara, y por el contrario se encuentra bloqueado si su origen es una contracción muscular.* El segundo aspecto del *kiar* es el fenómeno del “grito silencioso”, que proviene de las profundidades del ser. Este grito proyecta una energía sutil y puede manifestarse en los ojos. Se parece un poco a la hipnosis. El objetivo de los gritos, sonoros y silenciosos, es el mismo: emitir vibraciones susceptibles de perturbar al adversario, pero también pueden servir para reanimar a los que han perdido el conocimiento, gracias al choque producido por la vibración.

El KIME es el hecho de proyectar el ki con la ayuda del cuerpo, concentrando la onda de choque y la energía interna sobre un punto de manera que esta energía pueda continuar cuando el golpe se detiene. Los Maestros de karate practican a veces una experiencia curiosa: un alumno tiene un colchón doblado en cuatro veces contra su vientre, sin olvidar de contraer sus abdominales. El Maestro da una patada completamente relajada, pero con el *kime* concentrado sobre el colchón. El alumno está obligado entonces a dejar el colchón para cogerse el vientre y no puede impedir que un grito de dolor se le escape. La energía, después de haber atravesado el colchón y el vientre contraído, ha alcanzado finalmente la columna vertebral.

El sexto sentido, la facultad de presentir un ataque, también está en relación con el ki, la energía. Todo pensamiento, toda intención es una onda emitida por una persona y que puede ser captada por otra, cuya sensibilidad esté muy desarrollada. Los grandes Maestros, después de años de práctica, poseen este poder de presentir intuitivamente un ataque. De esta manera pueden anticiparse a los movimientos del adversario y, a pesar de su avanzada edad, permanecer inatacables.

El ki no es ni bueno ni malo en sí mismo. El *kiar* puede servir para paralizar o para reanimar. Es la persona que lo utiliza quien lo hace benéfico o maléfico, destructor o creador. El empleo de estos poderes por un individuo egoísta que los utiliza para sus fines malvados puede desnaturalizarlos y corromperlos. Las escuelas de sabiduría, dignas de ese nombre, eran pues muy severas en cuanto a la selección de candidatos y la transmisión de las técnicas sólo se llevaba a cabo en el más estricto secreto.

De todas maneras, la conquista de los poderes no es la meta de la Vía. No es más que una

consecuencia del despertar de las facultades latentes en todo ser humano, que resulta de un cierto trabajo interior necesario para la realización de sí. Los Maestros sólo utilizan sus poderes muy raramente, para proteger la vida o en el marco de su enseñanza.

La utilización de los poderes, la manipulación de las energías no es gratuita. Por el contrario hay que temer el choque de vuelta. Tal es la ley del karma: se recoge lo que se ha sembrado. Aquel que abusa de los poderes malgasta su energía y se hunde en un laberinto oscuro, perdiendo toda esperanza de acceder a la verdadera maestría, al último secreto.

Entreabriéndonos una puerta a un mundo desconocido, las historias de poderes “extraordinarios” nos dejan el sabor de una Realidad impalpable.

¿No se nos escapa completamente la ciencia de la energía? ¿El Universo y el Hombre no son un fantástico enigma?

EI blanco invisible

Un día que el Maestro Kenzo Awa explicaba que el Arte del tiro con arco consiste en dejar partir la flecha sin intención de triunfar, en tirar sin apuntar, su discípulo europeo Herrigel no pudo impedirle decir:

- En ese caso ¿usted sería capaz de tirar con los ojos vendados?

El Maestro posó largamente su mirada sobre él... antes de darle una cita para esa misma noche. Ya había oscurecido cuando Herrigel fue introducido en el dōjō. El Maestro Awa le invitó primero a un *cha no yu*, una ceremonia de té que él mismo ejecutó. Sin decir una palabra, el anciano Maestro preparó cuidadosamente el té y lo sirvió con una infinita delicadeza. Cada uno de sus gestos se desenvolvía con la precisión y la belleza que sólo una gran concentración puede dar. Los dos hombres guardaron silencio para saborear cada instante de este armonioso ritual. Un instante de eternidad como dicen los japoneses.

El Maestro atravesó a continuación el dōjō, seguido de su visitante, para situarse frente al recinto en el que se encontraban los blancos, a 60 metros de allí. En recinto de los blancos apenas estaba iluminado, sus contornos casi no se divisaban. Siguiendo las instrucciones del Maestro, Herrigel fijó allí un blanco sin encender la luz.

A su vuelta, vio que el anciano arquero estaba preparado para la ceremonia del tiro con arco. Después de haber saludado en dirección al blanco invisible, el Maestro se deslizó como si resbalara sobre el suelo. Sus movimientos se sucedían con la lentitud y la fluidez del humo que evoluciona suavemente en el viento. Los brazos se levantaron, después bajaron. El arco se tensó tranquilamente hasta que la flecha partió bruscamente, hundiéndose en la oscuridad. El Maestro permaneció inmóvil, con los brazos suspendidos, como si acompañara la flecha hacia su destino desconocido, como si el tiro continuara en otro plano. Después, de nuevo, el arco y la flecha danzaron en sus manos. La segunda flecha zumbó a su vez y fue tragada por la noche.

Herrigel se precipitó a alumbrar el recinto, impaciente por ver dónde se habían clavado las flechas. La primera estaba en el corazón del blanco. La segunda estaba justo al lado, ligeramente desviada por la primera a la que había tocado y arrancado varios centímetros de bambú.

Al volver con el blanco, Herrigel felicitó al Maestro por su proeza. Pero éste replicó:

- El mérito no me pertenece. Esto ha sucedido porque he dejado que “algo” actúe en mí. Es este “algo” lo que ha permitido que las flechas se sirvan del arco para unirse al blanco. Esta pasmosa proeza es contada por el profesor Herrigel en su libro “El Zen y el arte de los arqueros japoneses” en el que relata también su difícil aprendizaje de *kyudō* durante los seis años, que pasó en el Japón.

Sexto sentido

Tajima no kami paseaba por su jardín una hermosa tarde de primavera. Parecía completamente absorto en la contemplación de los cerezos en flor. A algunos pasos detrás de él, un joven servidor le seguía llevando su sable. Una idea atravesó el espíritu del joven:

“A pesar de toda la habilidad de mi Maestro en el manejo del sable, en este momento sería fácil atacarle por detrás, ahora que parece tan fascinado con las flores del cerezo”.

En ese preciso instante, Tajima no kami se volvió y comenzó a buscar algo alrededor de sí, como si

quisiera descubrir a alguien que se hubiera escondido. inquieto, se puso a escudriñar todos los rincones del jardín. Al no encontrar a nadie, se retiró a su habitación muy preocupado. El servidor acabó por preguntarle si se encontraba bien y si deseaba algo. Tajima respondió:

- Estoy profundamente turbado por un incidente extraño que no puedo explicarme. Gracias a mi larga práctica de las artes marciales, puedo sentir cualquier pensamiento agresivo emitido contra mí. justamente cuando estaba en el jardín me ha sucedido esto. Pero aparte de ti no había nadie, ni siquiera un perro. Estoy descontento conmigo mismo ya que no puedo justificar mi percepción.

El joven servidor, después de saber esto, se acercó al Maestro y le confesó la idea que había tenido, cuando se encontraba detrás de él. Humildemente le pidió perdón.

Tajima no kami se sintió aliviado y satisfecho, y volvió al jardín.

Bokuden y sus tres hijos

Bokuden, gran Maestro de sable, recibió un día la visita de un colega. Con el fin de presentar a sus tres hijos a su amigo, y mostrar el nivel que habían alcanzado siguiendo su enseñanza, Bokuden preparó una pequeña estratagema: Colocó un jarrón sobre el borde de una puerta deslizante de manera que cayera sobre la cabeza de aquel que entrara en la habitación.

Tranquilamente sentado con su amigo, ambos frente a la puerta, Bokuden llamó a su hijo mayor. Cuando éste se encontró delante de la puerta, se detuvo en seco. Después de haberla entreabierto cogió el jarrón antes de entrar. Entró, cerró detrás de él, volvió a colocar el jarrón sobre el borde de la puerta y saludó a los dos Maestros.

- Este es mi hijo mayor -dijo Bokuden sonriendo-, ya ha alcanzado un buen nivel y va camino de convertirse en Maestro.

A continuación llamó a su segundo hijo. Este deslizó la puerta y comenzó a entrar. Esquivando por los pelos el jarrón que estuvo a punto de caerle sobre el cráneo, consiguió atraparlo al vuelo.

- Este es mi segundo hijo -explicó al invitado-, aún le queda un largo camino que recorrer.

El tercero entró precipitadamente y el jarrón le cayó pesadamente sobre el cuello, pero antes de que tocara el suelo, desenvainó su sable y lo partió en dos.

- Y este -respondió el Maestro- es mi hijo menor. Es la vergüenza de la familia, pero aún es joven.

El ojo del guerrero

Gran amante del *Teatro No*, Tajima no kami, profesor de sable del shogun, asistía a un espectáculo en el que estaba reunida la Corte. El actor más famoso de la época actuaba ese día.

Tajima observaba atentamente su actuación que manifestaba un gran dominio de sí. Su concentración parecía sin fallo, sus gestos no dejaban ninguna abertura, exactamente igual que un guerrero experimentado. Desde el comienzo de la representación Tajima no le quitó el ojo de encima ni un solo instante. De pronto, el Maestro Tajima lanzó un *kiiai* en dirección al actor, un grito discreto, pero que no pasó desapercibido...

Un murmullo recorrió la asistencia. Todo el mundo se intercambiaba las miradas. El shogun mismo se volvió para conocer la procedencia de ese grito.

Cuando el espectáculo hubo acabado, el shogun convocó a Tajima y le preguntó la razón de su

extraña conducta. El Maestro se contentó con declarar:

- Pregunte al actor, él lo sabe.

El actor confesó efectivamente:

- El *kiai* surgió en el mismo momento en el que tuve un segundo de distracción producido por un cambio en el decorado.

Concentración infalible

Sen no Rikyu sigue siendo en la memoria de los japoneses el Maestro más ilustre de *cha no yu*, el ritual del té. Estaba al servicio de Hideyoshi, el *kampaku* que en esa época gobernaba el país.

Un día que el Maestro Rikyu oficiaba una ceremonia del té, Hideyoshi hizo la siguiente observación a sus generales:

- Observad bien cómo Rikyu prepara el té y veréis que su cuerpo está lleno de *ki*, que sus gestos precisos y medidos son como los de un gran guerrero, no presentan ninguna abertura. Su concentración no tiene ningún fallo.

Una idea atravesó a Kato Kiyomasa, famoso general. Para verificar que lo que decía el *kampaku* era tan exacto Como él quería hacer creer, decidió tocar a Rikyu con su abanico justo en el momento en el que encontrara una abertura.

Así pues se puso a observar atentamente a Sen no Rikyu que se encontraba justo al lado de él. Al cabo de algunos minutos, creyendo percibir un fallo, el general se dispuso a tocarlo con su abanico. En ese mismo instante, el Maestro de té lo miró fijamente a los ojos y sonrió.

Kiyomasa se quedó sin aliento. El abanico se le cayó de las manos.

El increíble Chi

Un Maestro de combate a mano desnuda enseñaba su arte en una ciudad de provincia. Su reputación era tal en la región que nadie podía competir con él. Los demás profesores de artes marciales se encontraban sin discípulos. Un joven experto que había decidido establecerse y enseñar en los alrededores quiso ir un día a provocar a este famoso Maestro con el fin de terminar con su reinado.

El experto se presentó en la escuela del Maestro. Un anciano le abrió la puerta y le preguntó que deseaba. El joven anunció sin dudar su intención. El anciano, visiblemente contrariado, le explicó que esa idea era un suicidio ya que la eficacia del Maestro era temible.

El experto, con el fin de impresionar a este viejo medio chocho que dudaba de su fuerza, cogió una plancha de madera que andaba por allí y de un rodillazo la partió en dos. El anciano permaneció imperturbable. El visitante insistió de nuevo en combatir con el Maestro, amenazando con romperlo todo para demostrar su determinación y sus capacidades. El buen hombre le rogó que esperara un momento y desapareció.

Poco tiempo después volvió con un enorme trozo de bambú en la mano. Se lo dio al joven y le dijo:
- El Maestro tiene la costumbre de romper con un puñetazo los bambúes de este grosor. No puedo tomar en serio su petición si usted no es capaz de hacer lo mismo.

El joven presuntuoso se esforzó en hacer con el bambú lo mismo que habla hecho con la plancha de madera, pero finalmente renunció, exhausto y con los miembros doloridos. Dijo que ningún hombre podía romper ese bambú con la mano desnuda. El anciano replicó que el Maestro podía hacerlo. Aconsejó al visitante que abandonara su proyecto hasta el momento en el que fuera capaz de hacer lo mismo. Abrumado, el experto juró volver y superar la prueba.

Durante dos años se entrenó intensivamente rompiendo bambúes. Sus músculos y su cuerpo se endurecían día a día. Sus esfuerzos tuvieron sus frutos y un día se presentó de nuevo en la puerta de la escuela, seguro de sí. Fue recibido por el mismo anciano. Exigió que le trajeran uno de esos famosos bambúes de la prueba y no tardó en calarlo entre dos piedras. Se concentró durante algunos segundos, levantó la mano y lanzando un terrible grito rompió el bambú. Con una gran sonrisa de satisfacción en los labios se volvió hacia el frágil anciano. Éste le declaró un poco molesto:

- Decididamente soy imperdonable. Creo que he olvidado precisar un detalle: El Maestro rompe el bambú... Sin tocarlo.

El joven, fuera de sí, contestó que no creía en las proezas de este maestro cuya simple existencia no había podido verificar.

En ese momento, el anciano cogió un bambú y lo ató a una cuerda que colgaba del techo. Después de haber respirado profundamente, sin quitar los ojos del bambú, lanzó un terrible grito que surgió de lo más profundo de su ser, al mismo tiempo que su mano, igual que un sable, hendió el aire y se detuvo a 5 centímetros del bambú... que saltó en pedazos.

Subyugado por el choque que acababa de recibir, el experto se quedó durante varios minutos sin poder decir una palabra, estaba petrificado. Por último, pidió humildemente perdón al anciano Maestro por su odioso comportamiento y le rogó que lo aceptara como discípulo.

El secreto de la eficacia

Ito Ittosai, incluso después de haberse convertido en un experto y en un profesor famoso en el arte del sable, no estaba satisfecho de su nivel. A pesar de sus esfuerzos, tenía conciencia de que desde hacía algún tiempo no conseguía progresar. En efecto, los sutras cuentan que el Buda se sentó bajo una higuera para meditar con la firme resolución de no moverse hasta que no recibiera la comprensión última de la existencia del Universo. Determinado a morir en ese mismo sitio antes que renunciar, el Buda realizó su voto: despertó a la suprema Verdad.

Ito Ittosai se dirigió pues a un templo con el fin de descubrir el secreto del arte del sable. Durante siete días y siete noches estuvo consagrado a la meditación.

Al alba del octavo día, exhausto y desalentado por no haber conseguido saber algo más, se resignó a volver a su casa, abandonando toda esperanza de penetrar el famoso secreto.

Después de salir del templo tomó una carretera rodeada de árboles. Cuando apenas había dado algunos pasos, sintió de pronto una presencia amenazante detrás de él y sin reflexionar se volvió al mismo tiempo que desenvainaba el sable.

Entonces se dio cuenta que su gesto espontáneo acababa de salvarle la vida. Un bandido yacía a sus pies con un sable en la mano.

La capa mágica

Yang Lu Chan, después de una visita que se habla prolongado hasta altas horas de la madrugada, volvía a su casa. Caminaba a grandes pasos ya que estaba atravesando uno de los barrios con mas mala fama de Pekín. Esperaba no tener un encuentro engorroso.

Y precisamente... una desagradable sorpresa le esperaba. Al volver una esquina se encontró cara a cara con un grupo de granujas que le impedían el paso. Se volvió para huir, pero constató amargamente que su retaguardia estaba cortada también por el resto de la banda. Unos treinta matones armados con garrotes y cachiporras le tenían rodeado. Yang Lu Chan ni siquiera intentó resistir, dejó que le despojaran de su bolsa sin decir una palabra y, cuando los golpes comenzaron a lloverle, se cobijó bajo su capa y se dejó caer al suelo. Los matones se cebaron a patadas y a palos sobre Yang Lu Chan que, envuelto en su capa, parecía un saco de entrenamiento. Los agresores se cansaron rápidamente de golpear este cuerpo inanimado y creyendo que ya había recibido su merecido, lo abandonaron.

Al día siguiente, Yang Lu Chan correteaba por las calles realizando sus actividades cotidianas como si nada hubiera sucedido. En todo caso no tenía ninguna marca de los golpes que había recibido la noche anterior... Pero lo más sorprendente de esta historia es que varios de los agresores se habían tenido que quedar en la cama. Los que habían tocado directamente la capa de Yang tuvieron sus miembros paralizados durante algunos días.

Yang Lu Chan (1799-1872) era, de hecho, el Maestro más célebre de *tai chi chuan* de su época. A pesar de que numerosas veces fue desafiado, nunca fue vencido. Parece que en esta emboscada nocturna, con el fin de no matar a ninguno de sus agresores, Yang prefirió amortiguar los golpes con su "capa mágica".

En China, se dice que tales Maestros han alcanzado un nivel en que su *chi*, su energía interna, es tan poderosa que su cuerpo se vuelve invulnerable, suave como el algodón, inatrapable. Pero por el contrario, cuando os tocan, sentís la fuerza de una montaña, sois paralizados como si hubierais recibido la descarga de una corriente de alta tensión.

Tal armero, tal arma

“El sable es el alma del samurai”, nos dice una de las más antiguas máximas del *bushido*, la vía del guerrero. Símbolo de virilidad, de lealtad y de coraje, el sable es el arma favorita del samurai. Pero el sable, en la tradición japonesa, es algo más que un instrumento terrible, algo más que un símbolo filosófico. Es un arma mágica. Arma que puede ser benéfica o maléfica, según la personalidad del forjador y del propietario. El sable es como la prolongación de los que lo manipulan, se impregna misteriosamente de las vibraciones que emanan de sus seres.

Los antiguos japoneses, inspirados por la antigua religión Shinto, conciben la fabricación del sable como un trabajo de alquimia en el que la armonía interior del forjador es más importante que sus capacidades técnicas. Antes de forjar una hoja, el maestro armero pasaba varios días meditando, después se purificaba practicando abluciones de agua fría. Una vez vestido con hábitos blancos ponía manos, a la obra, en las mejores condiciones interiores para crear un arma de calidad.

Masamune y Murasama eran dos hábiles armeros que vivieron al comienzo del siglo XIV. Los dos fabricaban unos sables de gran calidad. Murasama, de carácter violento, era un personaje taciturno e inquieto. Tenía la siniestra reputación de fabricar hojas temibles que empujaban a sus propietarios a entablar combates sangrientos o que, a veces, herían a los que las manipulaban. Sus armas sedientas de sangre rápidamente tomaron fama de maléficas. Por el contrario, Masamune era un forjador de una gran serenidad que practicaba el ritual de la purificación para forjar sus hojas. Aún hoy día son consideradas como las mejores del país.

Un hombre que quería averiguar la diferencia de calidad que existía entre ambas formas de fabricación, introdujo un sable de Murasama en la corriente del agua. Cada hoja que de la corriente y que tocaba la hoja fue cortada en dos.

A continuación introdujo un sable fabricado por Masamune. Las hojas evitaban el sable. Ninguna de ellas fue cortada, se deslizaban intactas bordeando el filo como si éste no quisiera hacerles daño.

El hombre dio entonces su veredicto: - La Murasama es terrible, la Masamune es humana.

Frente a la montaña

*“Hasta que no podáis
ir más allá de la montaña,
os será imposible alcanzar
el camino.”*

UEI-KUAN

La tradición nos dice que seguir la Vía es como escalar una alta montaña. Aquel que ha decidido emprender el ascenso eligirá la vertiente que quiere escalar y buscará un guía para que le muestre el camino. Si la vertiente es demasiado abrupta o el guía es inexperto, los resultados pueden ser desastrosos. Pero incluso con el mejor guía no es fácil. Los obstáculos son numerosos, los esfuerzos penosos. Es necesario un gran combate, un fantástico cuerpo a cuerpo con la montaña. Los músculos se tensan, los dedos se aferran fuertemente a las rocas. Cada gesto debe ser preciso, medido. No se puede dejar nada al azar. Un paso en falso significa la caída.

Pero ¿cuál puede ser el interés de este desafío de cada instante, entre la cima y el abismo, entre la vida y la muerte?

Aquel que afronta la montaña sabe, o algo en él sabe, que el gran combate tiene lugar dentro de sí mismo. La montaña no es más que un pretexto que permite al hombre enfrentarse a sí mismo, es lo que le da ocasión de superarse. El practicante va a desarrollar la voluntad y la energía necesaria para su evolución, enfrentándose a las dificultades. Las pruebas son en realidad una ayuda para seguir la Vía.

“Cuando el Cielo quiere confiar una misión importante a un hombre, comienza por llenar su corazón de amargura, confundiendo su comprensión y trastornando sus proyectos. Después lo fuerza a ejercitar Sus huesos y músculos. Le hace experimentar el hambre y todo tipo de sufrimientos. Cuando el hombre emerge, triunfante sobre todas las pruebas, es capaz de realizar lo que antes no habría podido hacer.” Esta cita de Mencio es una preciosa indicación en cuanto al sentido de la vida.

¿Cuál es la apuesta de este combate interior? Para los Maestros, los verdaderos obstáculos que impiden al discípulo avanzar son los creados por su personalidad artificial. El hombre ordinario, asfixiado por un collar de hábitos físicos y mentales, su visión del mundo deformado por una pantalla de ilusiones, es un enfermo cortado de su ser profundo cuyas posibilidades están sin explotar. El trabajo que hay que realizar consiste pues en hacer saltar los bloqueos físicos y mentales, para que las fuerzas latentes en el hombre puedan florecer libremente. El budó, la Vía del combate, como cualquier otra Vía auténtica, tiene como meta la regeneración del individuo. Pero esta realización de sí sólo puede ser alcanzada por una lucha sin piedad contra los propios defectos, contra las propias debilidades, contra las propias ilusiones. Para vencer los obstáculos interiores hay que tener además la paciencia de acosarlos sin tregua y el coraje de enfrentarse a ellos. Orgullo, cobardía, impaciencia, dudas, todos ellos alimentados por la ilusión, son trampas terribles en las que muchos han caído. El sendero es largo, difícil y penoso. Una de las claves de la Vía es no desalentarse y perseverar, a pesar de todo, a pesar de uno mismo.

No hay que olvidar, como lo decía D.T. Suzuki que “en tanto que no se haya comido el pan de la tristeza, no se podrá conocer el sabor de la vida real”.

No tan idiota

Yagyū Tajima no Kami tenía un mono como mascota. Éste asistía a menudo a los entrenamientos de los discípulos. Siendo por naturaleza extremadamente imitador, este mono aprendió la manera de coger un sable y de utilizarlo. Se había convertido en un experto, en su género.

Un día, un ronin (guerrero errante) expresó su deseo amistoso de confrontar su habilidad en el manejo de la lanza con Tajima. El Maestro le sugirió que combatiera primero con el mono. El visitante se sintió amargamente humillado. Pero el encuentro tuvo lugar.

Armado con su lanza, el ronin atacó rápidamente al mono que manejaba un shinai (sable de bambú). El animal evitó ágilmente los golpes de lanza. Pasando al contraataque, el mono consiguió acercarse a su adversario y golpearlo. El ronin retrocedió y puso su arma en una guardia defensiva. Aprovechando la ocasión, el mono saltó sobre el mango de la lanza y desarmó al hombre. Cuando el ronin volvió avergonzado a ver a Tajima éste le hizo la siguiente observación:

- Desde el principio sabía que usted no era capaz de vencer al mono.

El ronin dejó de visitar al Maestro desde ese día. Habían pasado varios meses cuando apareció de nuevo. Volvió a expresar su deseo de combatir con el mono. El Maestro, adivinando que el ronin se había entrenado intensamente, presintió que el mono se negaría a combatir. Por lo tanto no aceptó la petición de su visitante.

Pero éste insistió y el Maestro acabó por ceder.

En el mismo instante en el que el mono se puso frente al hombre, arrojó su sable y emprendió la

huida gritando.

Tajima no Kami terminó por concluir:

- ¿No se lo dije?

Poco tiempo después, gracias a su recomendación, el ronin entró al servicio de uno de sus amigos.

Una enseñanza acelerada

Matajuro Yagyu, hijo de un célebre Maestro del sable, fue renegado por su padre quien creía que el trabajo de su hijo era demasiado mediocre para poder hacer de él un Maestro. Matajuro, que a pesar de todo había decidido convertirse en Maestro de sable, partió hacia el monte Futara para encontrar al célebre Maestro Banzo. Pero Banzo confirmó el juicio de su padre:

- No reúnes las condiciones.

-¿Cuántos años me costará llegar a ser Maestro si trabajo duro? - insistió el joven.

- El resto de tu vida -respondió Banzo.

- No puedo esperar tanto tiempo. Estoy dispuesto a soportarlo todo para seguir su enseñanza. ¿Cuánto tiempo me llevará si trabajo como servidor suyo en cuerpo y alma?

- ¡Oh, tal vez diez años!

- Pero usted sabe que mi padre se está haciendo viejo, pronto tendré que cuidar de él. ¿Cuántos años hay que contar si trabajo más intensamente?

- ¡oh, tal vez treinta años!

- ¡Usted se burla de mí. Antes diez, ahora treinta. Créame, haré todo lo que haya que hacer para dominar este arte en el menor tiempo posible!

¡Bien, en ese caso, se tendrá que quedar usted sesenta años conmigo! Un hombre que quiere obtener resultados tan de prisa no avanza rápidamente -explicó Banzo.

- Muy bien -declaró Matajuro, comprendiendo por fin que le reprochaba su impaciencia-, acepto ser su servidor.

El Maestro le pidió a Matajuro que no hablara más de esgrima, ni que tocara un sable, sino que lo sirviera, le preparara la comida, le arreglara su habitación, que se ocupara del jardín, y todo esto sin decir una palabra sobre el sable. Ni siquiera estaba autorizado a observar el entrenamiento de los demás alumnos.

Pasaron tres años. Matajuro trabajaba aún. A menudo pensaba en su triste suerte él, que aún no había tenido la posibilidad de estudiar el arte al que había decidido consagrar su vida.

Sin embargo, un día, cuando hacía las faenas de la casa rumiando sus tristes pensamientos, Banzo se deslizó detrás de él en silencio y le dio un terrible bastonazo con el sable de madera. Al día siguiente, cuando Matajuro preparaba el arroz, el Maestro le atacó de nuevo de una manera completamente inesperada. A partir de ese día, Matajuro tuvo que defenderse, día y noche, contra los ataques por sorpresa de Banzo.

Debía estar en guardia a cada instante, siempre plenamente despierto, para no probar el sable del Maestro. Aprendió tan rápidamente que su concentración, su rapidez y una especie de sexto sentido, le permitieron muy pronto evitar los ataques de Banzo. Un día, menos de diez años después de su llegada, el Maestro le anunció que ya no tenía nada más que enseñarle.

El ladrón de conocimiento

Yang Lu Chan nació al comienzo del siglo XIX en el seno de una familia de campesinos. Desde joven no tenía más que una pasión: el *chuan-shu*, el arte del puño. Desde su infancia frecuentó asiduamente las escuelas de artes marciales de su provincia y muy pronto alcanzó el rango de un experto de gran reputación. Pero los estilos que había practicado hasta entonces no le satisfacían. Sabía que desde la destrucción del monasterio de Shaolin, el arte del puño había lentamente degenerado en un método de combate que daba demasiada importancia a la técnica y a la fuerza

muscular. A pesar de su búsqueda por todos los rincones de su provincia, Ho Pei, no conseguía encontrar un Maestro susceptible de enseñarle un arte más profundo que le condujera a la Vía de la armonía.

Su desesperación llegó a su término cuando oyó hablar del *tai chi chuan*, arte que empezaba a ser popular en otra provincia, Honan.

Abandonando a sus padres y amigos, Yang emprendió un viaje a pie de más de 800 kilómetros para dirigirse a la patria del arte que deseaba estudiar. Aprovechando un momento de oportunidad entró en los círculos cerrados de practicantes de *Tai chi chuan*. En el curso de sus conversaciones con ellos, un nombre volvía continuamente a su mente: el del Maestro Chen Chang Hsiang. Este hombre pasaba por tener el “kung-fu” más perfecto de su época. Desgraciadamente enseñaba exclusivamente a los miembros de su familia, en el más estricto secreto.

Yang pensaba que después de un viaje tan largo tenía que estudiar con el mejor Maestro. Hábilmente consiguió interesar en casa de la familia Chen como criado. De esta manera, cada día se las arregló para espiar secretamente el entrenamiento familiar bajo la guía del patriarca. Cuidadosamente disimulado, observaba atentamente los movimientos, bebía las palabras y los consejos del Maestro. Después, durante la noche, cuando todo el mundo dormía, se ejercitaba en hacer lo que había visto durante el día y pulía incansablemente los encadenamientos de movimientos que había aprendido los días precedentes.

Su espionaje continuó durante varios meses sin despertar sospechas... hasta que un día fue descubierto. Inmediatamente fue conducido delante del Maestro Chen. Se esperaba lo peor. En efecto, el anciano parecía muy enfadado. El tono de su voz dejaba ver una cierta irritación:

-Y bien, joven, parece que ha abusado de nuestra confianza. Usted se ha introducido aquí con el único objetivo de espiar nuestra enseñanza, ¿no es verdad?

Efectivamente -confesó Yang.

- No sé aún que es lo que vamos a hacer con usted. Mientras tanto siento curiosidad por ver qué es lo que ha aprendido en tales condiciones. ¿Puede usted hacerme una demostración?

Yang ejecutó un encadenamiento con tal concentración y fluidez que el anciano Chen quedó profundamente impresionado al ver un reflejo tan fiel de su Arte. Pero se cuidó bien de manifestar su emoción y durante un largo instante se quedó en silencio. Después declaró:

- Sería estúpido dejarlo marchar con lo poco que conoce. Mancharía la reputación de nuestra familia mostrando nuestro arte de una manera tan incompleta. Mejor será que se quede aquí el tiempo necesario para terminar el aprendizaje.

¡Pero esta vez bajo mi dirección!

Yang permaneció aún varios años en la familia Chen, integrándose cada vez más profundamente en el Arte Supremo del *tai chi chuan*. Después de haber recibido la bendición de su anciano Maestro Yang volvió a su provincia natal.

En Pekín, donde decidió instalarse para enseñar su arte, no tardó en ser conocido con el nombre de “el insuperable Yang”. En efecto, a pesar de que otros profesores y campeones jóvenes le desafiaron a menudo, nunca fue vencido. Sus combates contribuyeron a fortalecer la reputación del *tai chi chuan*, sobre todo porque conseguía neutralizar a sus adversarios sin herirlos jamás.

El Maestro de los Tres Picos

Chang San Fong, el Maestro de los Tres Picos, tenía una estatura alta, un cuerpo esbelto y una constitución robusta que le daban un aspecto temible. Su cara, a la vez redonda y cuadrada, estaba acicalada con una barba erizada parecida a un bosque de alabardas. En la cima de su cráneo se erguía un moño espeso. Pero si su aspecto era impresionante, su mirada expresaba una dulce tranquilidad, con un brillo de bondad.

Tanto en invierno como en verano llevaba una túnica fabricada en una sola pieza de bambúes trenzados y a menudo se le veía con un caza-moscas hecho con crin de caballo.

Sediento de conocimientos, pasó la mayor parte de su vida peregrinando por las vertientes de los montes Sen-Tchuan, Chansi y Hué-Pé. Continuamente visitaba los altos lugares del taoísmo, yendo de

monasterio en monasterio, residiendo en estos santuarios y templos que las pendientes escarpadas de la montaña volvían difícilmente accesibles. Muy pronto fue iniciado por los Maestros taoístas en la práctica de la meditación. Por todas partes por donde pasaba estudiaba los libros sagrados e interrogaba sin descanso los misterios del Universo.

Un día, después de largas horas de meditación en silencio, oyó un canto maravilloso, sobrenatural... Observando alrededor de sí, vio sobre la rama de un árbol un pájaro que miraba atentamente al suelo. Al pie del árbol, una serpiente erguía su cabeza hacia el cielo. Las miradas del pájaro y del reptil se encontraron y se enfrentaron... De pronto, el pájaro cayó en picado sobre la serpiente, lanzando gritos penetrantes y atacó furiosamente a arañazos y picotazos. La serpiente, ondulante y fluida, esquivó hábilmente los violentos ataques de su agresor. Este último, agotado por sus esfuerzos ineficaces, volvió a la rama para recuperar sus fuerzas. Al cabo de un momento se lanzó de nuevo al asalto. La serpiente continuó su danza circular que poco a poco se transformó en una espiral impetuosa de energía que la hizo inatrapable.

La leyenda nos dice que Chang San Fong se inspiró en esta visión para crear el *wu-tang-pai*, el estilo de la “mano flexible” que perfeccionado por generaciones de taoístas, se convirtió en el *tai chi chuan*.

Por eso los movimientos del *tai chi chuan* no tienen ni comienzo ni fin. Se desenvuelven suavemente como el hilo de seda de un capullo, fluyen sin interrupción como las aguas del río Yang-Tsé.

La imagen de Asari

A la edad de veintisiete años, Yamaoka Tesshu, que era un experto del sable de gran reputación, combatió con Asari Matashichiro, célebre experto también en el manejo del sable. Este encuentro fue breve ya que Asari desarmó rápidamente a su adversario.

Yamaoka, abatido, sintió una aflicción sin límite, no por causa de su derrota, sino porque advirtió que carecía de madurez espiritual. Motivado por este encuentro, redobló sus esfuerzos concentrándose enteramente en el entrenamiento del *ken-jutsu* (Arte del sable) y de la meditación sedente (*zazen*).

Después de diez años de práctica intensiva quiso poner a prueba el nivel que había alcanzado y, de nuevo, fue al encuentro de Asari. En el curso de este segundo combate, sintiendo que su adversario le dominaba y le paralizaba por la maestría que de él se desprendía, se negó a continuar el combate, aceptando de nuevo su derrota.

Este nuevo encuentro lo impresionó tanto que a partir de entonces estuvo obsesionado por la imagen de Asari, imagen que le acosaba continuamente recordándole su mediocridad. Pero lejos de resignarse, intensificó su práctica del sable y de la meditación.

Siete años habían pasado cuando, después de una fuerte experiencia espiritual, constató de repente que la imagen de Asari había dejado de atormentarle. Entonces decidió medirse una vez más con él.

Asari le hizo combatir primero con uno de sus discípulos, pero éste se confesó vencido desde el comienzo del combate.

Yamaoka encontró a Asari por tercera vez. Durante un largo momento los dos hombres se hicieron frente, observándose con la mirada. De pronto, Asari bajó su sable y declaró:

- Usted está por fin sobre la Vía.

La trampa de las apariencias

*“Cuando el águila
ataca, cae en picado
sin abrir sus alas.*

*Cuando el tigre
está a punto de saltar*

*sobre su presa,
se desliza con las
orejas replegadas.
De la misma manera, nadie puede
adivinar cuando va a actuar
el sabio.*

FUKAKOSHI GICHIN

“Subestimar al adversario es como perder un tesoro”, nos dice un proverbio chino. En efecto, el que sigue el juego del adversario está perdido.

Numerosos expertos han conseguido cierta fama gracias a disimulos, a estocadas secretas que saben manejar con extrema habilidad. Existe un vasto arsenal de estratagemas, de técnicas, de “farsas y trampas” de todo tipo. El adversario puede retroceder para contraatacar mejor, puede parecer débil e inexperto cuando en realidad es un temible luchador. Una célebre escuela de Chuan-Shu (el estilo del borracho) ha fundado de esta manera todo su método sobre esta idea. Sus discípulos se entrenan a parecer borrachos, practican gestos torpes e imprecisos de manera que el adversario pierda su desconfianza. Y en ese momento aprovechan la sorpresa general para situar un golpe completamente inesperado.

De la misma manera, Miyamoto Musashi, el samurai más ilustre, que murió en la cama a pesar de haber entablado más de 60 duelos (a veces contra diez adversarios), da en su *Tratado sobre las cinco ruedas preciosos consejos* a este respecto. Por ejemplo explica: “Todo obedece a un fenómeno de transmisión. El sueño se comunica, el bostezo también... Cuando el adversario está aún excitado y a punto de lanzarse al ataque, debéis adquirir por el contrario un aire indolente, como si no os interesara combatir. De esta manera éste se contagiara y su atención se debilitará. En ese momento debéis pasar al ataque rápida y enérgicamente.”

Muchos grandes Maestros del budó se han ocultado bajo la apariencia de personajes inofensivos, y no para sorprender mejor a eventuales agresores, sino sobre todo para escapar de la curiosidad y de la popularidad. Algunos de ellos han preferido dejarse humillar y pasar por cobardes antes de responder a provocaciones insensatas. Con un gran respeto hacia cualquier forma de vida, sólo combatían cuando era realmente inevitable.

Descubrir un verdadero Maestro no es pues una tarea siempre fácil. Muchas personas han tenido la ocasión de cruzarse con un gran Maestro sin siquiera darse cuenta. Dejándose engañar por su aspecto poco espectacular, no han podido ir más allá de las apariencias. Pero el principal enemigo que nos hace caer en la trampa de las apariencias, ¿No es en realidad el que tiene sus raíces en nuestras propias ilusiones?

Algunos practicantes e incluso expertos, contentándose con su fuerza física, con técnicas prodigiosas y una relativa habilidad, creen haber alcanzado un alto nivel, o incluso la maestría. Seguros de haber llegado al final, de no tener más nada que aprender, no progresan perdiendo de ésta manera cualquier posibilidad de alcanzar la eficacia real que, lejos de desaparecer con la edad, se consolida día a día.

“La sandalia deja una huella, pero ¿es la huella la sandalia?”

“Una piedra preciosa no es más que un guijarro para un ignorante”

(proverbios orientales)

La apuesta del viejo guerrero

El señor Naoshige declaró un día a Shimomura Shoun, uno de sus más viejos samurais:

- La fuerza y el vigor del joven Katsushige son admirables para su edad. Cuando lucha con sus compañeros vence incluso a los mayores que él.
- A pesar de que ya no soy joven, estoy dispuesto a apostar que no conseguirá vencerme -afirmó el anciano Shoun.

Para Naoshige fue un placer organizar el encuentro que tuvo lugar esa misma noche en el patio del castillo, en medio de un gran número de samurais. Estos estaban impacientes por ver lo que le iba a suceder al viejo farsante de Shoun.

Desde el comienzo del encuentro, el joven y poderoso Katsushige se precipitó sobre su frágil adversario agarrándolo firmemente, decidido a hacerlo picadillo. Shoun estuvo a punto de caer varias veces al suelo y de rodar en el polvo. Sin embargo, ante la sorpresa general, cada vez se restableció en el último momento. El joven, exasperado, intentó dejarle caer de nuevo poniendo toda su fuerza en el empeño, pero, esta vez, Shoun aprovechó hábilmente su movimiento y fue él quien desequilibró a

Katsushige arrojándolo al suelo.

Después de ayudar a su adversario semi-inconciente a levantarse, se acercó al señor Naoshige y le dijo:

- Sentirse orgulloso de su fuerza cuando aún no se domina la fogosidad es como vanagloriarse públicamente de sus defectos.

La ley del equilibrio

Un europeo que residía por algún tiempo en el Japón a principios de siglo, decidió aprender el *jiu-jitsu* que le parecía ser un temible método de combate. Comenzó pues a seguir los cursos de un renombrado Maestro.

Pero cuál sería su sorpresa cuando al cabo de la tercera sesión aún no había aprendido ninguna técnica de combate. ¡Solamente había practicado movimientos lentos, de distensión. Al finalizar la sesión, decidió ir a ver al Maestro.

- Señor, desde que estoy aquí no he hecho nada que se parezca a ejercicios de lucha.

- Le ruego que se siente -declaró el Maestro.

El europeo se instaló negligentemente sobre el tatami. El Maestro se sentó frente a él.

¿Cuándo empezará usted a enseñarme el *jiu-jitsu*?

El Maestro sonrió y preguntó:

- ¿Está usted bien sentado?

- No sé... ¿Hay una buena manera de sentarse?

Por toda respuesta, el Maestro indicó con la mano la manera en la que él estaba sentado, con la espalda bien derecha, la cabeza en la prolongación de la columna vertebral.

- Pero oiga -respondió el europeo-, no he venido aquí para aprender a sentarme.

- Lo sé -dijo pacientemente el Maestro-, lo sé. Usted quiere aprender a luchar. Pero ¿cómo podrá luchar si no busca el equilibrio?

- Realmente no veo la relación entre el hecho de sentarse y el combate.

- Si usted no puede estar en equilibrio cuando está sentado, es decir, en la actitud más simple ¿cómo quiere usted guardar el equilibrio en todas las circunstancias de la vida, y sobre todo en un combate?

En ese momento, acercándose a su discípulo europeo, aún perplejo, el japonés empujó ligeramente. El europeo cayó de espaldas. El Maestro, siempre sentado, le pidió entonces que intentara hacer lo mismo con él. El alumno empujó primero con timidez con una mano, después empujó con las dos y finalmente con el vigor de todo el cuerpo... sin conseguir nada. De repente, el Maestro se echó ligeramente a un lado y el discípulo cayó a todo lo largo hacia adelante sobre el tatami.

El Maestro añadió esbozando una sonrisa:

- Espero que comience usted a comprender la importancia del equilibrio.

El temible secreto del bonzo

Un bonzo chino llamado Chen Yuan Pin se había instalado en la región de Edo (actualmente Tokio) por el año 1650. Había atravesado el mar del Oeste para enseñar en el Japón la caligrafía y la pintura. Vivía solo, retirado en una dependencia del monasterio Kokushoji, solamente era visible durante los momentos en los que enseñaba. Discreto como el gato, tranquilo como la superficie del lago, el monje anciano parecía frágil como una lámpara de jade.

Los poemas surgían de su boca como flores de loto, el pincel danzaba entre sus dedos ágiles creando la armonía. Chen Yuan Pin fue apreciado muy pronto por el shogun que le tomó a su servicio. Enseñaba su arte a los jóvenes signatarios de la corte y a los nobles, pero obstinadamente se negaba a instalarse en el palacio, prefiriendo el silencio de su retiro a la vida tumultuosa de la corte. A menudo, cuando se dirigía al palacio, el anciano se cruzaba con los rudos samurais y con sus miradas de desprecio. Estos acusaban en voz baja al protegido del shogun de debilitar el espíritu de los jóvenes nobles destinados al oficio de las armas. ¡No se gana una batalla con un pincel en la mano, ni gritando poemas ni con la cabeza repleta de filosofía! Discreto como el gato, tranquilo como la superficie del lago, frágil como una lámpara de jade, Chen Yuan Pin continuaba su camino con su cara iluminada por

una imperturbable sonrisa.

Una noche que se había quedado en el palacio hasta muy tarde enseñando su arte, el monje anciano volvía al templo de Kokushoji, situado muy lejos de la ciudad, escoltado por tres guardias que había terminado por aceptar ante los ruegos insistentes del shogun en persona. A la salida de la ciudad, el camino se hundió en un bosque profundo. De pronto surgieron unos bandidos y rodearon a Chen Yuan Pin y a su escolta. La jauría de bandidos se lanzó salvajemente al ataque. Los tres guardias luchaban encarnizadamente, una ronda mortal urgió alrededor del monje anciano. Los malhechores eran numerosos, los samurais se encontraron desarmados y dispuestos a morir en un último cuerpo a cuerpo. En ese momento, de una manera tan repentina como inesperada, Chen Yuan Pin pasó al ataque. Rápido como el rayo, flexibles como los juncos, inatrapables como el viento, sus manos, sus pies, sus codos se convirtieron en terribles armas. Cuatro bandidos cayeron pesadamente al suelo, fuera de combate. Los demás asustados por la terrible metamorfosis del apacible monje se dieron a la fuga. Corrieron sin parar como si se hubieran encontrado un kami, un ser sobrenatural.

Los tres samurais, llenos de admiración, condujeron al bonzo al templo. En el camino, no pudiéndole resistir, le pidieron al monje que les enseñara su secreto, el secreto temible de su fuerza. Pero el anciano guardó silencio y continuó hasta el templo, discreto como el gato, tranquilo como la superficie del lago, frágil como una lámpara de jade. Una vez en el templo saludó a sus guardias y se retiró por el resto de la noche. Los tres samurais, decididos a saber más, velaron hasta el alba a la puerta del templo.

A la mañana siguiente, renovaron su petición al viejo monje, suplicándole que les aceptara como discípulos o como simples servidores.

- Mi arte es para almas bien templadas. Los caminos de conocimiento son largos y escarpados -les dijo el bonzo.

- Estamos dispuestos a todo -fue la respuesta de los tres guardias.

El viejo bonzo les aceptó como discípulos y, durante largos años, les inició en el arte del *wu-chu*, el arte perfecto, que él había aprendido en el Imperio del Medio. Más allá de un aprendizaje común, cada uno de ellos se especializó en una de las ramas del *wu-chu*. Uno perfeccionó la ciencia de las proyecciones, otro la de las llaves y estrangulamientos y el tercero la ciencia de los *atemis*, los golpes a los puntos vitales. Después de muchos años de entrenamiento intenso, una vez que hubieron integrado el secreto de Chen Pin, llegó la hora de que los alumnos dejaran a su anciano maestro. Debían transmitir lo que habían recibido, cada uno en su especialidad. El día de la partida, Chen Pin les dio sus últimas recomendaciones y les recordó que sólo enseñaran a los que estaban dispuestos a seguir la Vía del Corazón.

El Maestro les dio su bendición y se retiró al templo, discreto como el gato, tranquilo como la superficie del lago, más frágil aún por el peso de los años que una lámpara de jade, pero con la cara iluminada por una apacible sonrisa.

El campeón y el Maestro

Umedzu era el campeón de esgrima de su provincia. Al saber que el célebre Maestro Toda Seigen estaba de paso por la ciudad en la que él enseñaba, Umedzu quiso medirse con él.

Cuando se le preguntó al Seigen si aceptaba el desafío que le lanzaba el campeón de la provincia, respondió:

- De ninguna manera. No veo ninguna razón por la que tenga que combatir con ese hombre, no tengo nada que probar. Responderle que un combate de sable se desarrolla entre la vida y la muerte y que no puedo aceptar a la ligera asumir los riesgos.

Umedzu tomó esta respuesta como una excusa por parte de Seigen que aparentemente temía ser vencido y perder así su reputación, y dio a conocer públicamente la negativa del Maestro, no dudando en tratarle de cobarde.

El señor de la provincia oyó los rumores de este asunto y se interesó vivamente ya que él mismo era un apasionado de la esgrima. Envío un mensaje a Seigen en el que le rogaba cortésmente que aceptara el reto. Pero Seigen se negó a responder. La petición fue hecha tres veces. El tono se volvía cada vez más insistente. Seigen no podía negarse durante mucho tiempo ya que de esa manera infringiría las reglas y las obligaciones del samurai, que debe obediencia a las autoridades feudales. Por lo tanto se decidió a combatir con Umedzu.

El árbitro, el lugar y la fecha fueron elegidos rápidamente Umedzu, decidido a poner toda la suerte de su lado, se dirigió a toda prisa a un santuario Shinto en el que pasó tres días y tres noches seguidas practicando un ritual religioso de purificación con el fin de prepararse para el combate y conciliarse con los dioses.

Alguien contó a Seigen todos los detalles de la preparación de su adversario y le sugirió que hiciera lo mismo. Pero el Maestro sonrió tranquilamente y declaró:

- Yo intento crear en mi corazón la sinceridad y la armonía a cada instante. No es algo que los dioses puedan darme en momentos críticos.

Tal y como había sido fijado, los dos combatientes se encontraron en el lugar de la cita. El señor de la provincia se había desplazado en persona seguido de un gran cortejo para asistir a este encuentro tan esperado. Umedzu, acompañado por una multitud de alumnos y admiradores, llegó con un boken, sable de madera, de más de un metro de largo. Seigen tenía un bastón de apenas 40 centímetros. Al ver esto, Umedzu exigió al árbitro que su adversario tomara también un boken reglamentario. ¡No quería que su victoria fuera atribuida al arma ridícula de Seigen!. Esta reclamación le fue transmitida, pero se negó a cambiar de arma respondiendo que él se contentaba con su trozo de palo. El árbitro decidió finalmente que cada uno podía llevar su arma respectiva.

Umedzu se lanzó furiosamente al combate, atacando con vigor repetidas veces. Saltaba y rugía como una bestia feroz. Su arma hendía el aire con una precisión temible, su rapidez era prodigiosa.

El Maestro Seigen, casi indiferente, evitaba cada golpe con la flexibilidad y la gracia de un gato. Su mirada, completamente indiferente, estaba fija en los ojos del adversario. Su cuerpo, perfectamente relajado, parecía jugar, danzar, con el sable que le rozaba inquietamente. Umedzu, fuera de sí, manejaba su boken con todas sus fuerzas, pero la cólera le corroía al ver que golpeaba en el vacío.

Este fascinante ballet no duró sin embargo mucho tiempo. De pronto, sin que nadie supiera por qué, el campeón se inmovilizó. Su cara dejaba ver un dolor intenso. Sin lugar a dudas, el bastón del Maestro le había tocado pero nadie pudo decir donde. Seigen aprovechó la ocasión para desarmar a su adversario y arrojar lejos su boken, después de lo cual se dispuso a dejar el combate y a abandonar a Umedzu solo con su humillante derrota. Pero éste, en un acceso de cólera y rabia, desenvainó su puñal que había guardado en su cintura y se lanzó sobre el Maestro.

Con un movimiento apenas perceptible, el bastoncillo de Seigen zumbó en el aire y fue a golpear de nuevo a Umedzu, que esta vez cayó pesadamente al suelo.

Una bomba de tiempo

Hacía algunas semanas que un experto del boxeo chino se había instalado en un pequeño pueblo aislado. Comenzaba a sentirse a sus anchas ya que el miedo que inspiraba a los campesinos le permitía convertirse en el señor de los lugares. Lo que más apreciaba por encima de todo era ver que nadie osaba resistirle, ni encontrarse en su camino, hasta que un día... Un viejecito de barba blanca no le cedió el paso y continuó su camino justo delante de él. Fiel a su terrible imagen, el experto intentó empujar al viejo, pero su cuerpo se encontró con el vacío ya que éste había esquivado el gesto. Furioso, el boxeador se arrojó sobre el viejo y comenzó a golpearle. En medio de la pelea, el viejo intentó torpemente parar los golpes, logrando incluso tocar ligeramente el pecho del bruto. Pero visiblemente no era un contrincante para él y pronto rodó por el suelo. Satisfecho de la lección que acababa de dar, el campeón dejó allí el cuerpo inanimado de este viejo impertinente que se había atrevido a resistirle. Cuando el bruto se alejó, el viejo abrió un ojo, después el otro, se levantó, se sacudió el polvo y dejó el pueblo tranquilamente.

Los días pasaban y el boxeador se sentía cada vez menos en forma. Su cuerpo se debilitaba, tenía problemas de respiración y de digestión, los dolores de cabeza eran cada vez más frecuentes. Un día, sentía tal escalofrío y fiebre que tuvo que quedarse en la cama. No tenía fuerzas para moverse, y apenas podía hablar.

Después de haber meditado largamente sobre la razón de su estado, sólo encontró una explicación probable: el golpe ligero que le había dado el viejo había tocado sin duda un punto vital y su efecto se manifestaba ahora.

Comprendiendo finalmente que ese hombre anciano le había dado una lección, advirtió cuán engañosas son las apariencias y cuánto había vivido hasta entonces en la ilusión de su fuerza.

Embargado por un remordimiento verdadero envió a buscar al viejo para pedirle perdón por su incalificable conducta y darle las gracias por haberle abierto los ojos.

El viejecito vivía en una ermita cercana al pueblo y no tardó en llegar. Decidió curarle él mismo, impresionado por el arrepentimiento sincero del maleante. Y así, después de varias sesiones de *shiatsu* (acupuntura digital) y de un tratamiento de plantas medicinales, el hombre pudo volver a marchar sobre sus pies. Suplicó humildemente al anciano que lo aceptara como discípulo, poseído por una verdadera necesidad de conocimientos.

De esta manera se quedó en la ermita hasta la muerte de Maestro, y cuando volvió al pueblo su presencia ya no inspiraba miedo sino un apacible respeto.

La gran prueba

*“Bajo la espada bien levantada
el infierno os hace temblar.*

Id más allá

Y encontraréis el país de

La felicidad.”

MIYAMOTO MUSASHI

El practicante de artes marciales se enfrenta muy pronto a un problema crucial: el miedo. Los combates de entrenamientos, aunque sean amistosos, no son por ello menos arriesgados. El que ya ha recibido algunos golpes siente una aprehensión, un temor cuyos efectos son paralizantes: el cuerpo se crispa, la energía interna no circula, las reacciones son incontroladas. Preso de esta emoción negativa no es posible ver claramente la situación y por lo tanto de enfrentarse a ella de una manera adecuada. En caso de peligro real, las consecuencias pueden ser dramáticas. En tanto que el miedo se ampara de un hombre, este no puede acceder a la verdadera maestría. Liberarse del miedo es una etapa decisiva.

El samurai, cuyo destino era arriesgar su vida cotidianamente, debía encontrar con rapidez una solución a este problema. Si se aterrorizaba sobre el campo de batalla, perdía cualquier posibilidad de enfrentarse eficazmente al enemigo. Es por lo que el general Kenshin, adepto Zen, tenía la costumbre de decir a sus hombres:

- Id al combate firmemente convencidos de conseguir la victoria, y volveréis a vuestras casas sanos y salvos. Combatid completamente decididos a morir y viviréis, ya que los que se aferran a la vida mueren, y los que desafían la muerte viven.

Una máxima del *ju-jitsu* expresa la misma idea en otros términos: “Para el que se aferra, la caída llega ciertamente, pero el que no se aferra no teme ninguna caída”.

Fácil de decir... pero cuán difícil de realizar. Sin embargo, parece que en los casos desesperados, cuando la vida está en juego, el hombre es capaz de cosas sorprendentes. A esto se llama “instinto de conservación”. El hombre ordinario utiliza muy poco sus potencialidades en la vida corriente, pero de cara a un peligro repentino reacciona con una fuerza o una velocidad insospechadas... Un viejo senil da un salto prodigioso cuando está a punto de ser aplastado... Una mujer consigue levantar un peso enorme para salvar a su hijo...

Todo sucede muy deprisa en una situación mortal: no hay lugar para lo superfluo. Cada fracción de segundo cuenta. Se trata de estar presente, aquí y ahora. Las interferencias psicológicas o emocionales desaparecen para dejar que una energía superior intervenga. El ser profundo se manifiesta, el don de sí es necesario... Pero una vez que el alerta ha pasado, una vez que el peligro se ha alejado, la personalidad ordinaria vuelve a tomar sus “derechos”. El miedo aparecerá de nuevo, a menudo sin ningún motivo real. El hombre vuelve a encontrarse con este problema allí donde lo ha dejado y no es capaz de enfrentarse a él ya que no puede suscitarse con su voluntad su “instinto de conservación”.

Sin embargo, los Maestros afirman que existe una posibilidad de liberarse del miedo. Para ello es indispensable observarlo y ver su origen. Si éste es descubierto, el miedo desaparece como el humo, como una pesadilla al despertar.

El corte

Los discípulos de Kenkichi Sakakibara, que enseñaba el arte del sable, comenzaban a preguntarse seriamente si su Maestro no se había vuelto loco. Desde hacía un mes se entregaba regularmente a la siguiente ocupación: intentaba romper un casco de acero de un sablazo. En vano, ya que a cada tentativa, la hoja rebotaba, se torcía o se rompía sobre el casco cuyo acero permanecía intacto.

¿No sabía Sakakibara que nadie era capaz de tal proeza? En efecto, el casco del samurai estaba hecho con un acero de una calidad superior y de tal manera que ningún arma pudiera atravesarlo. Incluso las balas de mosquetón rebotaban en él haciendo saltar chispas... Pero es verdad que las epopeyas de los guerreros cuentan que algunos héroes de antaño habían sido capaces de hendir su sable en el casco. En honor de estos héroes, cada año tenía lugar delante del emperador una ceremonia de *kabuto wari* (corte de casco). Los discípulos de Sakakibara ignoraban que su Maestro había sido invitado a participar en ella.

En la víspera del campeonato, Sakakibara no había conseguido aún cortar el casco. Su desesperación era ilimitada ya que consideraba que si fracasaba en esta prueba se le reprocharía haber traicionado la confianza del emperador.

Con la muerte en el alma se dirigió al palacio imperial para la ceremonia de *kabuto wari*. Los mejores expertos habían sido invitados. Cada uno a su turno intentaron su suerte, pero el casco permaneció intacto, sin la menor señal de haber sido cortado. Por el contrario, las hojas rotas fueron numerosas.

Sólo quedaba Sakakibara. Cuando llegó su turno, se arrodilló frente al emperador esforzándose en ocultar su derrota y saludó respetuosamente. A continuación se acercó al casco y, con el sable en la mano, se quedó inmóvil. A partir de ese momento, todo reposaba en él, el último, el único que podía ofrecer al emperador algo más que un fracaso. Sabiendo que sus fuerzas habituales eran insuficientes,

intentó concentrarse al máximo de sus posibilidades. No había nada que hacer. Se sentía completamente deshecho, vacío.

En ese momento algo cedió, algo se abrió en él. Una energía misteriosa, un ki irresistible se extendió por todo su ser. Todo sucedió a continuación como por arte de magia. Su sable se levantó lentamente por encima de su cabeza para descender con la velocidad del rayo. En ese mismo momento, un *kiai* surgió de las profundidades de su ser, un grito que resonó como un trueno.

El casco no se había movido, pero el sable estaba intacto. Cuando el juez examinó el casco, constató que había sido hendido unos doce centímetros.

¿Por qué Sakakibara triunfó allí donde tantos habían fracasado? Tal vez, dicen algunos, porque había tomado la determinación de realizar el *seppuku* (suicidio ritual por el *hara kiri*) si fracasaba...

En las manos del destino

Un gran general, llamado Nobunaga, había tomado la decisión de atacar al enemigo, a pesar de que sus tropas fueran ampliamente inferiores en número. Él estaba seguro que vencerían, pero sus hombres no lo creían mucho. En el camino, Nobunaga se detuvo delante de un santuario *Shinto*. Declaró a sus guerreros:

- Voy a recogerme y a pedir la ayuda de los *kamis*. Después lanzaré una moneda. Si sale cara venceremos, si sale cruz perderemos. Estamos en las manos del destino.

Después de haberse recogido unos instantes, Nobunaga salió del templo y arrojó una moneda. Salió cara. La moral de las tropas se inflamó de golpe. Los guerreros, firmemente convencidos de salir victoriosos combatieron con una intrepidez tan extraordinaria que ganaron la batalla rápidamente.

Después de la victoria, el ayuda de campo del general le dijo:

- Nadie puede cambiar el destino. Esta victoria inesperada es una nueva prueba.

- ¿Quién sabe? -respondió el general, al mismo tiempo que le enseñaba una moneda... trucada, que tenía cara en ambos lados.

El condenado a muerte

Durante la época feudal en el Japón, un hombre que pertenecía a la clase de los siervos había cometido la imprudencia de importunar a un personaje político de gran influencia. Este dignatario pidió al Maestro que le entregara su servidor, lo cual quería decir que éste último estaba condenado a muerte. El Maestro no podía negarse a esta petición que parecía más bien una orden oficial.

No obstante, el Maestro propuso a su criado lo siguiente: - Estoy verdaderamente desolado de tener que entregarlo a este oficial, que sin ninguna duda lo condenará a muerte. No puedo hacer gran cosa por usted, a no ser proponerle que coja un sable y luche conmigo. Si consigue matarme será libre y podrá huir. Si pierde, no morirá como un criminal, sino luchando, como un guerrero.

El servidor respondió: - ¡Eso sería insensato! Usted es un experto confirmado y un profesor de gran reputación. Cómo podría yo, un simple servidor que nunca en su vida ha cogido un arma, tener la esperanza de vencerle?

El Maestro alimentaba secretamente el deseo de combatir con alguien que no tuviera esperanza de vivir. Por eso insistió:

- De todas maneras, usted no tiene nada que perder. Aproveche esta oportunidad y déjeme ver que puedo hacer.

El criado terminó por aceptar. Los dos hombres se encontraron cara a cara, sable en mano, dispuestos a entablar un combate a muerte.

El Maestro se encontró muy rápidamente en una mala postura. El criado, enfurecido, se lanzó a fondo en la batalla, golpeando en todos los sentidos. Obligado a retroceder paso a paso, el Maestro se encontró finalmente acosado, espalda al muro. No tenía ni un instante que perder ya que comenzaba a sentirse desbordado. Reunió todas sus energías y al mismo tiempo que lanzaba un grito dio un terrible sablazo a su adversario.

Más tarde, el Maestro confesó a sus discípulos:

¡Ha sido un combate desesperado! He estado a punto de ser verdaderamente vencido por este criado.

Deseo que nunca tengáis un combate con alguien que está condenado a muerte y que por lo tanto no tiene nada que perder. Si esto ha sido así con este pobre individuo sin experiencia ¿cómo debe ser con un experto de alto nivel en las mismas circunstancias?

Un discípulo preguntó: -¿Había usted descubierto un fallo en su concentración cuando le golpeó?

- No había ningún fallo. Ha sido un milagro que consiguiera tocarle. Sin duda lo he conseguido gracias al *keiai*...

Un Maestro sin técnica

El gran Maestro del sable, Tajima no Kami, enseñaba su arte al shogun (gobernador imperial). Un día, uno de los guardias personales del shogun fue a verle para estudiar el manejo del sable bajo su dirección.

- Según puedo juzgar -dijo Tajima-, usted es un Maestro en este arte. Dígame, se lo ruego, ¿de qué escuela procede? -Estoy desolado, nunca he aprendido en ninguna escuela -respondió el guardia.

¡Usted se burla de mí! No me cuente historias, yo sé lo que digo y poseo un gran conocimiento de los hombres.

- Lamento poner en juego su reputación, pero le aseguro que nunca he aprendido el manejo del sable bajo la dirección de un Maestro, y además le confieso que no conozco mucho sobre este arte. Necesito un aprendizaje técnico.

La seguridad del visitante hizo reflexionar al Maestro por un momento. Después añadió:

- Puesto que usted lo dice, será verdad. Pero persisto en creer que usted es Maestro en algo. No sabría decir en qué.

- Bueno, ya que insiste, le diré lo siguiente: cuando yo era niño me vino la idea de que un samurai no debía tener miedo a la muerte en ninguna circunstancia, y desde esta época no he dejado de ser íntimo con la idea de la muerte. Hoy, el problema ha cesado completamente de preocuparme. En cierto modo lo he dominado ¿Es tal vez a esto a lo que usted se refiere?

- Exactamente -exclamó Tajima No Kami-, eso es lo que quería decir. Me siento feliz de no haberme equivocado. Estar liberado del miedo a la muerte es uno de los secretos más importantes del arte del sable. He entrenado a centenares de alumnos, pero muy pocos de ellos han alcanzado realmente este grado de maestría. En cuanto a usted, usted no necesita un entrenamiento técnico, usted es ya un Maestro.

El Maestro de té y el ronin

El señor de Tosa se dirigió a Yedo, la capital, para una visita oficial al shogun. Había llevado con él a su Maestro de *cha no yu*, del que se sentía muy orgulloso. El *cha no yu*, la ceremonia del té, es un arte japonés fuertemente influenciado por el Zen. Cada gesto debe ser realizado con una gran concentración. Se trata de saborear, gracias a un delicado ritual, el misterio del “aquí y ahora”.

El Maestro de té tuvo que vestirse como un samurai para poder entrar en el palacio, y por lo tanto debió llevar su signo distintivo, es decir, dos sables. Varios días después de su llegada a Yedo, el especialista de *cha no yu* no había salido aún del palacio. Varias veces por día ejercía su arte en las habitaciones de su señor, ante la gran alegría de sus invitados. Incluso llegó a officiar en presencia del shogun.

Un día, el señor le dio permiso para dar una vuelta por la ciudad. El Maestro de té, siempre vestido de samurai, aprovechó esta oportunidad y se aventuró por las calles bulliciosas de Yedo... Cuando se disponía a cruzar un puente, fue empujado repentinamente por un ronin, uno de esos guerreros errantes que son o bien valerosos caballeros, o bien truhanes de marca mayor. Este tenía el aspecto de ser de la peor especie. Dijo fríamente:

- Así que eres un samurai de Tosa. No me gusta ser empujado de esa manera. Me gustaría que arregláramos esta pequeña diferencia con el sable en la mano.

El Maestro de té, desamparado, terminó por confesar la verdad:

- No soy un verdadero samurai, a pesar de las apariencias. sólo soy un humilde especialista de *cha no yu*

que no conoce absolutamente nada del manejo del sable.

El ronin no quiso creer su historia. Sobre todo porque su verdadera intención era sacar un poco de dinero de esta víctima cuya naturaleza poco valiente había presentado. Fue inflexible. Levantó el tono para impresionar a su interlocutor. Enseguida se formó una multitud alrededor de estos dos hombres. Aprovechando la ocasión, el ronin le amenazó con declarar públicamente que un samurai de Tosa era un cobarde, que tenía miedo de luchar.

Viendo que era imposible hacer entrar en razón al ronin y temiendo que su conducta pudiera alcanzar el honor de su señor, el Maestro de té se resignó a morir. Aceptó el combate. Pero como no quería dejarse matar pasivamente, para que no dijeran que los samurais de Tosa no sabían luchar, tuvo una idea: unos minutos antes había pasado por delante de una escuela de sable. Pensó entonces que en ella podría aprender como coger un sable y afrontar honorablemente una muerte inevitable. Explicó pues al ronin:

- Tengo que cumplir una misión que mi señor me ha encargado. Esto me puede llevar un par de horas. ¿Tendría usted la paciencia de esperarme aquí?

El ronin aceptó el plazo, respetando caballeramente las reglas del *bushidó* o tal vez porque imaginaba que su víctima necesitaba ese tiempo para reunir una suma de dinero disuasiva.

Nuestro especialista de *cha no yu* fue corriendo a la escuela que había visto antes y pidió una entrevista urgente con el Maestro de sable. El portero no estaba muy dispuesto a dejar entrar a este extraño visitante que no parecía estar en un estado normal, y, sobre todo, que no tenía ninguna carta de recomendación. Pero, impresionado por la expresión atormentada del hombre, decidió finalmente introducirlo y presentarle al Maestro. Este escuchó con mucho interés a su visitante que le contó su desgracia y su deseo de morir como un samurai.

- Este es un caso único -declaró el Maestro de sable. -No es el momento de bromear -replicó el visitante. -Oh, de ninguna manera, se lo aseguro. Es usted una excepción realmente. Por lo normal, los alumnos que vienen a verme quieren aprender el manejo del sable y a vencer. Usted quiere que yo le enseñe el arte de morir... De acuerdo, pero puesto que usted es Maestro en un arte incomparable, ¿podría usted servirme una taza de té?

El visitante no se hizo rogar ya que ciertamente era para él la última ocasión de practicar su arte. Olvidando su trágico destino, preparó cuidadosamente su té, después lo sirvió con una calma sorprendente. Ejecutó cada gesto como si ninguna otra cosa fuera importante en ese instante.

El Maestro de sable le observó atentamente durante toda la ceremonia y se sintió profundamente impresionado por el grado de concentración de su visitante.

- ¡Excelente -exclamó-, excelente! El nivel de maestría que usted ha alcanzado practicando su arte es suficiente para conducirlo dignamente delante de no importa qué samurai. Usted tiene todo lo que hace falta para morir con honor, no se preocupe. Escuche solamente algunos consejos. Cuando vea al ronin, piense ante todo que va a servir el té a un amigo. Después de haberle saludado cortésmente, déle las gracias por el plazo acordado. Doble delicadamente su capa y póngala en el suelo con el abanico encima, exactamente como hace para la ceremonia del té. Átese el pañuelo de coraje alrededor de su cabeza, recójase las mangas y anuncie a su adversario que está preparado para el combate. Desenvaine su sable y levántelo por encima de su cabeza. Cierre los ojos. Concéntrese al máximo de sus posibilidades para bajar su arma vigorosamente justo en el momento en el que oiga al ronin lanzar su grito de ataque. Apuesto que este combate será una masacre mutua.

El visitante dio las gracias al Maestro del sable por sus preciosos consejos y volvió al puente donde le esperaba el ronin. Siguiendo las instrucciones que había recibido, el especialista de *cha no yu* se preparó para el combate como si estuviera ofreciendo una taza de té a un invitado. Cuando levantó el sable y cerró los ojos, la cara de su adversario cambió de expresión. El ronin no creía en sus ojos.

¿Era el mismo hombre el que se encontraba frente a él?

El Maestro de té, en un estado de extrema concentración, esperaba el grito que sería la señal de su último momento, de su última acción.

Pero pasaron varios minutos que le parecieron horas y el grito no se dejaba oír. No pudiendo resistir más, nuestro improvisado samurai terminó por abrir los ojos...

¡Nadie...! ¡No había nadie frente a él!

El ronin al no saber como atacar a este temible adversario que no mostraba ningún fallo en su concentración, ni ningún temor en su actitud, retrocedió paso a paso hasta desaparecer a toda prisa, bien contento de haber podido salvar su pellejo.

Al borde del abismo

En la plaza del pueblo se había formado una gran multitud para admirar la habilidad de un famoso arquero. A lo largo de su demostración ejecutaba varios números que testimoniaban su habilidad. Por ejemplo, era capaz de tirar varias flechas seguidas al mismo tiempo que mantenía una copa llena de agua en equilibrio sobre su antebrazo. Cada proeza era aplaudida por la multitud entusiasta. Pero el arquero se sintió muy turbado al constatar que en la primera fila había un hombre que no manifestaba la menor admiración desde el comienzo de la demostración. Le preguntó la razón. Un murmullo recorrió la multitud ya que el hombre en cuestión era visiblemente un adepto taoísta y por lo tanto un poderoso mago en la imaginación popular. ¿Qué jugada iba a hacerles esta vez?

El taoísta se contentó con declarar:

- Su tiro con arco no está mal, técnicamente... pero usted está lejos de practicar el tiro sin tirar.

El arquero se dijo a sí mismo que éstas eran desde luego palabras de un taoísta: herméticas y oscuras. Una manera como cualquier otra de hacerse el interesante. Pero al menos se arriesgó a pedirle una explicación:

- ¿Dónde quiere usted llegar con esa historia del tiro sin tirar?

- Si estuviéramos en equilibrio sobre una roca colgada de un precipicio a más de cien metros ¿Sería usted capaz de tirar también?

El arquero aceptó el desafío. Siguió al taoísta a la montaña. Éste escaló una roca y avanzó hasta el borde de un abismo que tenía más de cien metros de profundidad. Se volvió, y de espaldas al abismo retrocedió hasta que dos tercios de sus pies sobresalieron de la roca y estuvieron sobre el vacío.

Agarrando a continuación la mano del famoso arquero, lo atrajo hacia él. El otro no se dejó. Resistió con todas sus fuerzas y presa del pánico terminó por tirarse a todo lo largo sobre el suelo con el fin de aferrarse mejor a la roca. No se atrevía a moverse, inundado de sudor de la cabeza a los pies.

Después de haberle dejado un poco de tiempo para que se repusiera de sus emociones, el taoísta declaró:

- El hombre realizado se lanza a la inmensidad azul del Cielo o se sumerge en los torbellinos de las fuentes amarillas, e incluso se aventura más allá de los ocho límites del Mundo sin manifestar el menor signo de inquietud.

Pero usted, aunque está firmemente aferrado a esta roca, tiembla y su cuerpo se encuentra paralizado. ¿Cómo espera usted alcanzar el blanco en estas condiciones?

La lección de los Maestros Zen

*Andar es también el Zen...
Que se mueve o que se le deje inmóvil
el cuerpo permanece siempre en paz.
Incluso si se encuentra frente a una espada
el espíritu permanece tranquilo.*

SHODOKA
El Canto del inmediato Satori

Hojo Tokimune, el shiken (regente), que rechazó las invasiones mongoles en el siglo XIII, es uno de los guerreros y jefe de estado más grande que ha conocido el Japón. Fue también uno de los primeros en estudiar bajo la dirección de los Maestros Zen y en favorecer el desarrollo de esta corriente del budismo. Se cuenta que un día visitó a Bukko, célebre Maestro Zen, para preguntarle:

- ¿Cómo puedo escapar del miedo, ese monstruo que es el peor enemigo de nuestra vida?
- Suprime el origen del miedo -respondió Bukko.
- ¿De dónde surge el miedo?
- Del mismo Tokimune.
- El miedo es lo que más detesto por encima de todo. ¿Cómo puede provenir de mí mismo? -exclamó Tokimune.
- Intenta tirar por la borda tu querido “yo” llamado Tokimune, y observa entonces lo que sientes. Te veré de nuevo cuando hayas hecho esto.
- ¿Cómo puedo hacer eso? -insistió Tokimune. -Haz callar tus pensamientos.
- ¿Cómo?
- Siéntate con las piernas cruzadas en meditación y observa el origen de los pensamientos que según tú pertenecen a Tokimune.
- Tengo una vida pública tan activa que me es difícil encontrar tiempo para meditar.
- Sean cuales sean las actividades que realizas, considéralas como excelentes ocasiones para tu búsqueda interior y un día descubrirás quién es este querido Tokimune.

El ejemplo de Tokimune no es una excepción en Japón. Numerosos guerreros de todos los rangos se iniciaron en el Zen. Entre los generales más grandes del siglo XVI, Kenshin y Shingen fueron adeptos Zen. El célebre Maestro Tajima no Kami fue el discípulo de Takuan. Muchos guerreros más modestos, incluso ronins, frecuentaron los monasterios Zen.

¿Qué es lo que atraía del Zen a estos rudos samurais?

La actitud viril de los Maestros Zen es sin duda el factor determinante de esta atracción. Los Maestros Zen no mostraban ninguna debilidad en las situaciones más dramáticas, demostrando una increíble sangre fría. Nada parecía asustarles, ni siquiera la muerte. “Cuando los pensamientos se han tranquilizado, el fuego mismo es fresco y refresca”, fueron las últimas palabras del monje Kwaisen justo antes de morir quemado vivo en su monasterio, que había sido capturado por sus asaltantes ante la negativa del superior a entregárselo.

Los guerreros fueron también seducidos por el método esencialmente práctico del Zen que rechaza todo formalismo intelectual, dogmático o ritual. El Zen no es ni una filosofía ni una religión. Es una Vía que conduce a una experiencia decisiva: el satori. El satori es el despertar a sí mismo y a la Realidad.

El nombre Zen proviene del chino Chan que es la deformación de la palabra sánscrita Dhyana traducida por meditación, contemplación. “El Zen es, en su esencia, el arte de ver en la naturaleza del ser. Indica la Vía que va de la esclavitud a la libertad. Nos libera de todos los yugos bajo los que, criaturas limitadas, sufrimos constantemente, haciéndonos beber directamente en la fuente de la vida”, explica el profesor D. T. Suzuki. El Zen tiene la llave de la liberación, de la realización del “yo”. En ese momento, el hombre puede convertirse en Maestro de las energías que le habitan.

El Maestro comunica técnicas y consejos al alumno para guiarle. Su presencia es una ayuda preciosa. Pero su misión se detiene ahí. Es el mismo discípulo quien deberá hacer el trabajo necesario para despertarse. El Satori sobreviene sólo cuando las nubes de la ignorancia y de la ilusión se han disipado. De hecho, se trata de ir más allá del dualismo fabricado por el cuerpo mental que deforma la realidad.

Además de la meditación sedente (zazen) que es una explotación interior de las profundidades del ser y del cosmos, el Zen enseña técnicas destinadas a una toma de conciencia susceptible de provocar el estallido de “los límites de la mente”.

Por ejemplo, los diálogos (mondo) entre Maestro y discípulo.

A la pregunta “¿Qué es el Zen?”, el Maestro responde a veces:

¿Y tú, quién eres tú?” o bien “El ciprés está en el cementerio”, o bien se encoge de hombros.

Los koans son una especie de acertijos, de preguntas ilógicas que no tienen ninguna respuesta mental sobre las que el discípulo deba meditar. Los más célebres son:

- Todo vuelve al Uno, pero ¿adónde vuelve el Uno?
- Cuando tocas las palmas, el choque de las manos produce un sonido. ¿Cuál es el sonido producido por una sola mano?

El Zen, lejos de estar separado de la vida real, es por el contrario un arte de vivir que permite estar

plenamente presente en cada gesto de la vida cotidiana. Para perfeccionar la realización interior, los monjes Zen ejecutan ellos mismos los trabajos necesarios para el mantenimiento del monasterio y practican las artes tradicionales. En esos momentos se ejercitan en la “meditación sobre la acción”, en “la concentración sobre el movimiento”. Numerosos Maestros Zen practican así aún en nuestros días las artes marciales, con el fin de realizar “una unión más estrecha entre el hombre y el instrumento, entre el sujeto y el objeto, entre el actor y la acción, entre el espíritu y el cuerpo”. El Maestro Zen no es solamente el que es capaz de quedarse varias horas en zazen, sino sobre todo el que es capaz de controlar armoniosamente todos los dominios de la existencia. *La maestría en un arte es una prueba de realización interior.*

Si el Zen y las artes marciales están íntimamente ligados en el Japón, el shinto, la antigua religión tradicional, es la tela de fondo del budó. Las ceremonias y el altar shinto ocupan su lugar en cualquier dōjō tradicional. El Maestro Ueshiba siguió una enseñanza shinto bajo la dirección del monje Degushi. El taoísmo es la Vía tradicional del imperio del Medio. El Zen es una síntesis entre el budismo hindú y el taoísmo. Verdadera alquimia interior, la enseñanza taoísta pasa por un conjunto de técnicas que conducen al Despertar de las energías latentes con el fin de regenerar al adepto. Los métodos son parecidos a los del Zen: meditación, control de la respiración, preguntas y respuestas enigmáticas, y desde luego la práctica de la meditación en movimiento, de la concentración en los gestos cotidianos. La meditación en la actividad es para los taoístas mil veces superior a la meditación en reposo: *“El ritmo universal se manifiesta solamente cuando hay tranquilidad en el movimiento”.*

El *tai chi chuan*, cultivado por los maestros taoístas, representa una de las artes marciales más perfectas. Es al mismo tiempo un arte de combate, una terapia, una danza simbólica y una meditación del cuerpo. Como su nombre lo indica, este arte consiste en gobernar la acción de la energía en el cuerpo. Los Maestros afirman que hay que conservar el *chi* original ya que de la misma manera que mantiene la pureza del Cielo y la calma de la Tierra, permite la realización de un Hombre”.

Si los caminos de acceso son diversos, los maestros de artes marciales han sabido integrar a su práctica las disciplinas susceptibles de conducir al último secreto.

*“La gran Vía no tiene puertas
Miles de caminos llevan a ella.
Aquél que franquea esta puerta sin puerta
Anda libremente entre el Cielo y la Tierra.”*

Las puertas del paraíso

Un samurai se presentó delante del Maestro Zen Hakuin y le preguntó:

- ¿Existen realmente el infierno y el paraíso? - ¿Quién eres tú? -preguntó el Maestro. -Soy el samurai...
- ¡Tú, un guerrero! -exclamó Hakuin. Pero mírate bien ¿qué señor va a querer tenerte a su servicio. Pareces un mendigo. -La cólera se apoderó del samurai. Aferró su sable y lo desenvainó. Hakuin continuó: - ¡Ah, incluso tienes un sable! Pero seguramente eres demasiado torpe para cortarme la cabeza.

Fuera de sí, el samurai levantó su sable dispuesto a golpear al Maestro. En ese momento éste le dijo:

- Aquí se abren las puertas del infierno.

Sorprendido por la seguridad tranquila del monje, el samurai envainó el sable y se inclinó respetuosamente.

- ¡Aquí se abren las puertas del paraíso!

De mano del Maestro

Dokyo Yetan (1641-1721), el Maestro Zen más ilustre de su época, recibió un día la visita de un profesor de *ken-jutsu* que le dijo:

- Practico el arte del sable desde mi más tierna infancia. Me he entrenado intensivamente bajo la dirección de varios Maestros, he conseguido integrar perfectamente los estilos de las escuelas más famosas. Pero a pesar de todos mis esfuerzos aún no he podido alcanzar la suprema iluminación. ¿Podría usted darme algunos consejos sobre el método que debo seguir?

El Maestro Zen se levantó, se acercó a su visitante y le dijo en voz baja que estuviera atento para no perder ningún detalle de lo que le iba a transmitir. El hombre se inclinó hacia adelante, acercó el rostro y ... recibió una bofetada magistral de mano del Maestro, quien además le propinó varias patadas enérgicas. Antes incluso de comprender lo que sucedía, el profesor de sable perdió el equilibrio y parece ser que el contacto con el suelo le procuró un satori, un despertar espiritual.

Esta experiencia fue decisiva para el visitante ya que no tardó en convertirse en un famoso Maestro. Su remarcable evolución, que se manifestaba a los ojos de todos en la práctica de su arte, intrigó a más de un guerrero. Muchos le preguntaron su secreto pero la mayoría permanecían incrédulos cuando él les confesaba que residía en el método muy especial del monje Dokyo Yetan. Sin embargo algunos decidieron ir a verificar ellos mismos. La siguiente historia demuestra que no quedaron decepcionados por el viaje.

Tres samurais de alto rango habían invitado al Maestro Dokyo Yetan a tomar una taza de té con ellos. Durante mucho tiempo le preguntaron sobre el Zen pero, como el Maestro respondía siempre de manera muy enigmática, uno de los samurais, un poco excitado, le dijo:

- Seguramente usted es un gran Maestro Zen y en ese dominio no podemos luchar con usted. Pero si fuera evocada la cuestión sobre la concentración necesaria en un combate, temo que usted no podría vencernos.

- *Yo en su lugar no sería tan categórico. La vida me ha enseñado más de una vez que nunca hay que hacer conclusiones antes de tener la experiencia* -replicó el monje.

- ¿Me permite usted verdaderamente combatirlo? -preguntó el samurai después de haber intercambiado una mirada irónica con sus compañeros.

- Desde luego, puesto que es el único medio de convencerle que lo que digo es exacto.

El guerrero cogió un *boken* (sable de madera) y tendió otro al monje. Pero éste se negó, precisando:

- Soy budista y no quiero coger un arma, aunque sea de madera. Con mi abanico tengo bastante. Golpee sin miedo. Si logra tocarme, admitiré que es usted un gran experto.

El samurai atacó lentamente, casi al ralentí, seguro de vencer al primer golpe y temiendo herir al anciano monje. Pero poco a poco aceleró su ritmo ya que sus ataques se perdían en el vacío. Dokyo Yetan, viendo que el samurai comenzaba a cansarse en vanos esfuerzos, pidió que se detuviera el combate y propuso lo siguiente:

- ¿Qué os parece si me atacáis los tres al mismo tiempo? Para mí sería un excelente ejercicio y para ustedes una excelente oportunidad de vencerme.

Una conversión original

Otsuka Tesshin, aunque aún era joven, se había convertido en un experto en el manejo del sable. Era ambicioso, deseaba darse a conocer fuera de su provincia. Con esta meta, había decidido iniciar un gran viaje por todo el país con el fin de medirse con otros expertos. Pero antes de partir fue a saludar al Maestro Zen Ryuko, superior de un monasterio vecino, al que conocía bien. Cuando Ryuko supo el motivo de su partida, dijo al joven Tesshin:

- Vivimos en un mundo mucho más vasto de lo que se imagina. En su profesión debe haber muchos hombres superiores a usted. El resultado de su aventura puede ser desastroso.

El joven, testarudo, no parecía dispuesto a volver atrás de su decisión. Ryuko continuó:

- Míreme. A mí también me gustaría ser conocido en todo el mundo. Hace decenas de años que practico la meditación y ¿cuántos discípulos tengo hoy? Debemos saber quién somos y contentarnos con nuestra situación. Un proverbio dice: "No lamentos ser ignorado, sino ser ignorante".

- Tesshin se exasperó hasta tal punto que gritó fuera de sí:

- ¿Piensa usted que mi arte no vale nada? El manejo del sable no tiene nada que ver con su disciplina. Si salgo de mi ciudad natal y desafío a alguien muy conocido y le venzo, el acontecimiento será sabido por sus amigos y discípulos. Si consigo muchas victorias por todas las regiones, mi reputación se extenderá poco a poco por todo el país. Además, se que he alcanzado un buen nivel y no tengo miedo de desafiar a todo aquel que se cruce en mi camino.

- Más le valdría comenzar por el que tiene frente a usted.

Si consigue vencerme, podrá iniciar su viaje a través de todo el país. Si pierde, debe prometer hacerse monje y ser mi discípulo -propuso el Maestro.

Tesshin respondió echándose a reír:

- Usted conoce seguramente su Zen, pero del manejo del sable no sabe nada. Si usted quiere verdaderamente tentar su suerte, de acuerdo, estoy preparado.

Ryuko le dio un bambú y para él cogió un *hossu* (bastón corto con un mechón de crin de caballo, generalmente símbolo del Maestro Zen). Tesshin, seguro de él, intentó tocar al Maestro con su bambú. A pesar de todos sus esfuerzos no conseguía su objetivo. Exasperado atacó con furia. Ningún resultado. Siempre golpeaba en el vacío. Por el contrario, a cada tentativa sentía el *hossu* que pasaba suavemente sobre su cabeza.

Ryuko acabó por preguntarle:

- ¿Cuáles son sus impresiones en este momento?

El alarde de Tesshin había desaparecido. Reconoció humildemente su derrota. El Maestro no perdió tiempo y pidió inmediatamente a sus asistentes que le trajeran lo necesario para afeitar el cráneo de Tesshin y transformarlo en monje.

La prueba

Masamune, señor de todas las provincias del Noreste del Japón, era un estudiante de Zen. Buscaba un buen superior para el templo Zen en el que reposaban las cenizas de sus antepasados y le recomendaron un cierto monje que residía en un insignificante templo rural. Lo invitó a su castillo de Sendai para probar su nivel. El monje, que se llamaba Rinan, aceptó la invitación y se presentó en la residencia del señor Masamune. Después de haber recorrido un largo pasillo, le anunciaron que el señor lo esperaba en una de las habitaciones contiguas.

Abrió una puerta deslizante para entrar en la habitación, pero no encontró a nadie. La atravesó y entró en otra pieza. Nadie. Paciente, se dirigió hacia otra puerta. Al abrirla, el señor Masamune le deseó la bienvenida de una manera un tanto extraña: le estaba esperando con el sable en la mano, visiblemente dispuesto a golpearle. Preguntó el monje:

-¿En que piensa usted en este instante, entre la vida y la muerte?

Rinan parecía no estar impresionado por esta manera tan particular de recibirlo. Por toda respuesta, saltó sobre el sable y golpeó dolorosamente a Masamune, que no esperaba una reacción así. Masamune, señor de la guerra, Maestro de las provincias del Noreste exclamó:

- ¡Estás jugando un juego peligroso!

El monje, golpeándole de nuevo fuertemente en la espalda, le replicó:

¡Qué pretencioso eres!

El arquero y el monje

Hacía horas que un arquero recorría el bosque buscando una presa. Por fin descubrió las huellas de un ciervo y se puso a seguirlo. Al pasar cerca de un santuario en el que vivía un Maestro ch'an, se encontró con el monje y aprovechó para preguntarle si había visto pasar al ciervo que rastreada.

- ¡Ah, de modo que usted caza ciervos! -replicó el anciano monje-, pero, dígame, ¿cuántos puede usted alcanzar con una flecha?

- Uno solo -respondió el cazador.

- ¿Solamente uno? Usted se toma mucho trabajo para poca cosa.

- ¿Qué quiere usted decir? Y además, ¿Qué sabe usted del tiro con arco?

- Yo mismo practico el arte del tiro -afirmó el monje ch'an.

- ¿Y cuántos puede usted alcanzar con una sola flecha?

- Preguntó irónicamente el cazador.

- Toda la manada.

- Imposible. No me cuente usted historias.

- ¿Y usted que sabe... ? Pero tengo que confesarle que hay un método para conseguirlo.

- ¿Ah sí, que método?
- Hay que aprender a tirarse a sí mismo y no fallar.
- Le confieso que no sé cómo ponerme para apuntarme a mí mismo.

Se cuenta que el cazador, enfrentado a este problema aparentemente insoluble, tuvo un despertar “repentino”, un satori como dicen los Maestros Zen, y decidió seguir los pasos del monje anciano para aprender el arte de apuntar su propio corazón.

Vencer sin combatir

*“Aquel que ha dominado el arte
no utiliza el sable
y el adversario
se mata a sí mismo.”*

TAJIMA NO KAMI

Los grandes Maestros no han dejado de repetir que “la maestría más alta es vencer sin combatir”. Consideraban que su arte no debía servir para matar, sino para proteger la vida.

¿Qué había para ellos más fácil que utilizar su aplastante superioridad contra un agresor? Mientras que desembarazarse de un atacante sin herirlo, sin que ni siquiera haya un combate, es una verdadera proeza. Y, después de todo, la verdadera eficacia consiste en desalentar o en conciliarse con el eventual adversario ya que como dice un proverbio chino, “un enemigo que vences sigue siendo tu enemigo. Un enemigo que convences se convierte en tu amigo”.

Vencer sin combatir no está al alcance de cualquiera. “Un hombre ordinario desenvainará su sable si se siente ridiculizado y arriesgará su vida, pero no será considerado como un hombre valiente. Un hombre superior no es turbado ni por las situaciones más inesperadas, ya que tiene una gran alma y una gran meta”, decía a menudo Funakoshi Gichin. Aquel que no pueda dominarse frente a un peligro corre el riesgo de volverse agresivo y de reaccionar violentamente. De esta manera entra en el juego del adversario. A veces, puede creer incluso que está amenazado cuando en realidad no sucede nada. Mientras que el que conserva el dominio de sí en todas las situaciones puede enfrentarse con toda lucidez, con todos sus medios. Reaccionar violentamente es una solución fácil. Permanecer tranquilo es signo de fortaleza. Es lo que expresa Lao Tsé en una de sus sentencias famosas del *Tao Te King*: “Imponer su voluntad a los demás es una demostración de fuerza ordinaria. Imponérsela a sí mismo es un testimonio de verdadero poder.”

Si, a pesar de él, un Maestro es arrastrado a un combate, a veces consigue paralizar a su adversario sin combatir verdaderamente. La esencia de las artes marciales japonesas es profundamente no-violenta. De hecho se basa sobre el principio de la no-resistencia que consiste en utilizar el ataque del adversario para llevarlo a su propia pérdida. El que se defiende, en lugar de bloquear los movimientos adversos, los esquivo y los canaliza de manera que se vuelvan contra su agresor. Si el adversario empuja, es suficiente esquivarlo o tirar de él para que caiga por él mismo. Si él tira, hay que empujarlo. Contra más fuerte sea el ataque, más potente será el choque de vuelta. El principio de la no-resistencia conduce al atacante a convertirse en la víctima de su propio ataque y a recoger los frutos de sus malas intenciones. ¿Qué hay de más justo?

El verdadero arte marcial, o según la etimología oriental, el “arte de detener la lanza”, es una excelente puesta en práctica de lo que las enseñanzas taoístas o Zen llaman el wu-wei. Generalmente traducido por “no-acción”, el wu-wei significa más exactamente: dejar actuar, dejar hacer, actuar sin intervenir, sin resistir. Una imagen taoísta lo explica así: “El principio del wu-wei mueve las cosas. La rueda gira simplemente porque el eje no se mueve.”

En la tradición oriental el agua es el elemento natural que mejor simboliza el wu-wei, la no-resistencia:

*“El agua no se opone a nada,
Y de esta manera nada puede enfrentarse a ella.”*

*“El agua cede al cuchillo sin ser cortada.
Es invulnerable ya que no muestra resistencia.”*

El humor, arma del sabio

Un hombrecillo más bien viejo entró un día en un restaurante de uno de los barrios con más mala reputación de Naha, la capital de Okinawa. En el momento de franquear la puerta apenas tuvo tiempo

de contraer los músculos dorsales antes de recibir un puñetazo por la espalda. El hombrecillo atrapó inmediatamente la mano del asaltante. Torciéndola con firmeza, arrastró tranquilamente a su agresor a través del restaurante, sin siquiera mirarlo, después pidió algo de comer y sake (alcohol de arroz).

Luego de haber bebido algunos sorbos con su mano libre, arrojó delante de él a su asaltante para verlo. Lo miró con mirada neutra y dijo:

- Realmente no se por qué me buscas, joven, pero ¿qué te parece si tomas una copa conmigo?

Este hombrecillo, que se llamaba Itosu, era uno de los más famosos Maestros de karate de Okinawa. Funakoshi Gichin estudió con él.

Algunos años después de este incidente, el Maestro Itosu marchaba por una calle en plena noche cuando de pronto recibió un terrible puñetazo en la espalda. También esta vez había tenido tiempo de contraer los músculos y atrapar la mano del culpable. Sin volverse, arrastró varios metros al maleante que intentaba inútilmente liberarse.

Visiblemente inquieto, el joven se excusó humildemente y suplicó al Maestro que lo perdonara.

Este se volvió en ese momento, lo contempló y dijo:

- Usted no es razonable. No debería hacerle estas cosas a un pobre viejo como yo.

Dicho esto, soltó a su joven agresor y continuó tranquilamente su paseo nocturno.

La escuela del combate sin arma

El célebre Maestro Tsukahara Bokuden atravesaba el lago Biwa sobre una balsa con otros viajeros. Entre ellos se encontraba un samurai extremadamente pretencioso que no paraba de vanagloriarse de sus proezas y su dominio del sable. Según él, era el campeón del Japón en todas las categorías. Y los demás viajeros que escuchaban con una admiración mezclada con miedo parecían creérselo todo. Pero... Bokuden se mantenía alejado tranquilamente y no parecía tragarse todas esas bagatelas. El samurai se dio cuenta y, vejado, se acercó a Bokuden para decirle:

- Tú también llevas un par de sables. Si eres samurai, ¿por qué no dices algo?

Bokuden respondió tranquilamente:

- No me siento aludido por tus historias. Mi arte es diferente al tuyo. No consiste en vencer a los demás sino en no ser vencido.

El samurai se rascó la cabeza y preguntó: - ¿A que escuela perteneces? -A la escuela del combate sin arma.

- ¿Por qué llevas dos sables en ese caso?

- Eso me obliga a ser Maestro de mí mismo para no responder a las provocaciones. Es un desafío sagrado.

El samurai, exasperado, continuó:

- ¿Y piensas verdaderamente que puedes combatir conmigo sin sable?

- ¿Por qué no? ¡Incluso es posible que te gane!

Fuera de sí, el samurai gritó al barquero que remara hacia la orilla más cercana, pero Bokuden sugirió que sería mejor ir hasta una isla, lejos de los hombres, para no provocar una multitud y estar así más tranquilos. El samurai aceptó. Cuando la balsa alcanzó una isla deshabitada, el samurai saltó rápidamente a tierra y desenvainó su sable, dispuesto al combate.

Bokuden se despojó cuidadosamente de sus dos sables, se los entregó al barquero y se dispuso a saltar a tierra, cuando, de pronto, cogió la pértiga del barquero y empujó la barca hacia agua adentro alejándose impulsado por la corriente.

El samurai se quedó en la isla gesticulando de furia. Bokuden se volvió hacia él y le gritó:

¡Te das cuenta, esto es vencer sin arma!

Tres moscas

Un samurai cenaba solo en una mesa de un albergue aislado. Tres moscas revoloteaban continuamente alrededor de él, pero su calma era sorprendente.

Tres ronin (guerreros vagabundos, sin Maestro) entraron en el albergue inmediatamente. contemplaron con ansias el magnífico par de sables que llevaba el hombre solitario. Seguros de sí mismos, tres contra uno, se sentaron en la mesa de al lado y comenzaron a provocar al samurai. Este permaneció imperturbable, como si ni siquiera hubiese sentido la presencia de los ronin. Lejos de

desalentarse, éstos de burlaron de él cada vez más.

De pronto, con tres gestos rápidos, el samurai atrapó las tres moscas que aleteaban a su alrededor con los palillos que tenía en la mano. Después, tranquilamente, dejó los palillos, totalmente indiferente a la conmoción que había causado en los tres ronin. En efecto, no solamente se callaron de golpe, sino que presos del pánico huyeron a toda prisa. Habían comprendido a tiempo que no podían atacar a un hombre de tan temible maestría. Más tarde supieron con escalofríos que ese hombre que tan hábilmente les había desalentado era, nada más y nada menos que el famoso Maestro Miyamoto Musashi.

El asesino desarmado

El señor Taiko estudiaba el *cha no yu*, la ceremonia del té con Sen no Rikyu, un Maestro de una gran serenidad. Kato, un samurai de la corte de Taiko, veía con muy mal ojo la pasión de su señor por la ceremonia del té ya que pensaba que era una pérdida de tiempo que perjudicaba los asuntos de estado. Una idea se le impuso poco a poco: suprimir pura y simplemente a Sen no Rikyu. Con el fin de ejecutar su proyecto se las arregló para ser invitado por el Maestro a beber una taza de té en su compañía.

Sen no Rikyu, que había alcanzado un alto nivel de realización interior gracias a su arte, adivinó desde el primer momento la intención criminal del samurai.

- Deje su sable en la puerta. No lo necesitará para una apacible ceremonia de té -explicó el Maestro.

- Un samurai no separa nunca de su sable, sean cuales sean las circunstancias -replicó Kato.

- Muy bien, guarde pues su sable y entremos a tomar una taza de té -respondió finalmente el Maestro.

Los dos hombres se sentaron frente a frente. Kato puso su sable cerca de él, al alcance de su mano. Sen no Rikyu comenzó a preparar el té. De pronto, vertió el recipiente de agua hirviendo sobre el fuego. La habitación se llenó de vapor, de humo y de cenizas, todo esto con un silbido aterrador.

Preso del pánico, el samurai se precipitó a salir de la habitación. El Maestro se excusó:

- ¡La culpa es mía!. Vuelva a tomar una taza de té, se lo ruego. Adentro está su sable cubierto de cenizas. Voy a limpiarlo y a devolvérselo. El samurai comprendió entonces que le costaría mucho trabajo matar a este Maestro de té, y abandonó su proyecto.

Una demostración convincente

Un ronin visitó a Matajuro Yagyū, ilustre Maestro del arte del sable, con la firme intención de desafiarle para verificar si su reputación no era en realidad excesiva.

El Maestro Yagyū intentó explicarle al ronin que el motivo de su visita era estúpido y que no veía ninguna razón por la que combatir con él. Pero el visitante, que tenía el aspecto de ser un experto temible, ávido de celebridad, estaba decidido a ir hasta el final. No dudó en tratar de cobarde al Maestro con el fin de provocarle.

Matajuro no perdió sin embargo su calma y le hizo al ronin un signo para que le siguiera hasta su jardín. A continuación le indicó con el dedo la copa del árbol. ¿Era una trampa para desviar su atención? El ronin empuñó su sable, retrocedió algunos pasos y echó un vistazo en la dirección indicada. Dos pájaros canturreaban efectivamente sobre una rama. Bueno ¿y qué? Sin apartar su mirada de ellos, el Maestro Yagyū respiró profundamente hasta que un *kiai* surgió de lo profundo de sus entrañas, un grito de una potencia formidable. Los dos pájaros cayeron fulminados al suelo, inanimados.

- ¿Qué piensa usted de esto? -preguntó Matajuro a su visitante.

- In... in... creíble -balbuceó el ronin, visiblemente trastornado como si el *kiai* lo hubiera traspasado a él también.

Pero aún no ha visto usted lo más importante...

El segundo *kiai* del Maestro resonó en ese momento. Los pájaros comenzaron a batir alas y emprendieron vuelo.

El ronin también.

El corazón del sauce

El médico Shirobei Akyama había ido a China para estudiar la medicina, la acupuntura y algunas llaves de shuai-chiao, la lucha china. De vuelta al Japón, se instaló cerca de Nagasaki y se puso a enseñar lo que había aprendido. Para luchar contra la enfermedad empleaba remedios poderosos. En su práctica de la lucha utilizaba mucho su fuerza. Pero ante una enfermedad delicada o demasiado fuerte sus remedios no tenían efecto. Sus técnicas eran ineficaces antes enemigos demasiado poderosos. Sus alumnos le abandonaron uno a uno. Shirobei, desalentado, puso en cuestión los principios de su método. Decidió retirarse a un pequeño templo para ver más claro y se impuso una meditación de cien días.

Durante sus horas de meditación se enfrentaba siempre a la misma pregunta sin poder encontrar su respuesta: "Oponer la fuerza a la fuerza no es una solución ya que la fuerza es vencida por otra fuerza más fuerte. ¿Cómo hacer?"

Una mañana de nieve se paseaba por el jardín del templo y pudo por fin encontrar la respuesta tan esperada. Primero oyó el crujido de una rama de cerezo que se rompió en seco a causa del peso de la nieve. Después vio un sauce a la orilla del río. Sus ramas flexibles se doblaban bajo el peso de la nieve hasta que se liberaban de su fardo. Después volvían a su posición, intactas.

Esta visión iluminó a Shirobei. Descubrió en ella los grandes principios del Tao. Las sentencias de Lao Tsé le vinieron al espíritu:

*Lo que se dobla será enderezado
Lo que se inclina permanecerá entero.*

*No hay nada más flexible que el agua
Pero para vencer lo duro y lo rígido
Nada la supera.*

*La rigidez conduce a la muerte
La flexibilidad conduce a la vida*

El médico de Nagasaki reformó completamente su enseñanza que a partir de entonces tomó el nombre de Yoshin-ryu, la escuela del corazón del sauce, el arte de la flexibilidad, que enseñó a numerosos alumnos.

Dejar que el gallo madure

El rey Tcheu confió a Chi Hsing Tseu el adiestramiento de un gallo de riña prometedor, que parecía dotado y combativo. El rey esperaba pues un adiestramiento rápido... y no comprendía verdaderamente que diez días después de su comienzo aún no hubiera tenido ninguna noticia del progreso de su campeón. Decidió ir en persona a ver a Chi para preguntarle si el gallo estaba listo.

- ¡Oh no, señor, aún le queda mucho para madurar. Todavía es muy orgulloso y colérico -respondió Chi.

Pasaron diez nuevos días. El rey, impaciente, fue de nuevo a ver a Chi para informarse.

- El gallo ha hecho algunos progresos, majestad, pero aún no está preparado ya que reacciona en el momento mismo en el que - siente la presencia de otro gallo -le explicó Chi.

Diez días más tarde, el rey, irritado ya de tanto esperar, fue a buscar el gallo para echarlo a pelear. Chi se interpuso y le explicó:

- Aún es demasiado pronto. Su gallo no ha perdido completamente su deseo de pelear y su ímpetu se manifiesta siempre.

El rey no comprendía muy bien lo que desvariaba este viejo Chi. La vitalidad y el ímpetu del animal eran precisamente la garantía de su eficacia. Pero, en fin, como Chi era el adiestrador más famoso de todo el reino, confió en él a pesar de todo y continuó esperando.

De nuevo diez días pasaron. La paciencia del soberano estaba a punto de estallar. Esta vez, el rey estaba decidido a poner punto final al adiestramiento. Hizo venir a Chi y se lo anunció con un tono que traicionaba su mal humor. Chi tornó la palabra sonriendo y dijo:

- De todas maneras el gallo ya está casi maduro. En efecto, cuando oye cantar a los demás gallos no reacciona, permanece indiferente a las provocaciones, inmóvil como si fuera de madera. Sus cualidades están ahora sólidamente enraizadas en él y su fuerza interior se ha desarrollado considerablemente.

Efectivamente, cuando el rey quiso echarlo a pelear ningún otro gallo estaba visiblemente a la talla de pelear contra él. Además ni siquiera se arriesgaban, ya que salían huyendo desde el momento en el que lo veían.

El último secreto

*“Aquel que realiza el
secreto del budô tiene el universo en él mismo
y puede decir: Yo soy
el universo. Por esta razón,
cuando alguien intenta combatir conmigo,
se enfrenta al mismo universo,
debe romper la armonía
del universo. En el instante
en el que piensa medirse conmigo,
ya ha perdido.*

UESHIBA MORIHEI

Por misteriosos que puedan parecer sus secretos, los Maestros han dejado testimonios significativos, de una simplicidad desarmante...

“El verdadero blanco que el arquero debe apuntar es su propio corazón nos dice una máxima del Kyudó, la Vía del tiro con arco. Kokoro significa en japonés corazón, pero también espíritu, ser. Kokoro, como el corazón físico enraizado en el cuerpo, es ese centro del hombre que hace palpitante su ser profundo, bajo la capa de las apariencias.

Los Maestros, igual que los guías de alta montaña, indican el Camino, las etapas para llegar a apuntar el propio corazón. Takuan, célebre Maestro Zen, enseñaba a su no menos ilustre discípulo Tajima no Kami, profesor de sable del shogun, que la Vía del corazón comienza por la “no-dispersión de la energía”, por la verdadera “concentración”. Explicaba por ejemplo que si el ki es dirigido sobre los movimientos del adversario, es hipnotizado por ellos. Si es dirigido sobre la defensa, está preso por la idea de defensa. El ki prisionero está a merced del adversario. Tokuan lo alentaba, para liberar su ki, a que lo dejara invadir todo el cuerpo, que lo dejara atravesar la totalidad de su ser. En esas circunstancias no se perderá ningún tiempo ni ninguna energía si hay que utilizar las piernas o las manos. La respuesta adaptada a las circunstancias será instantánea, inmediata como un chispazo. Si la fluidez del ki es preservada guardándola libre de las elucubraciones mentales y de las reacciones emocionales, actuará allí donde sea necesario, con la rapidez del relámpago.

Los japoneses llaman a esta fluidez munen o muso, es decir, “no-mente”, “no-ego”. Su tradición compara este estado a la claridad de la luna que aunque es única, se refleja por todas partes donde hay agua, sin discriminación, instantáneamente.

De la misma manera que el Maestro Takuan aconseja dejar que el ki invada la totalidad del cuerpo, los taoístas y los Maestros del *tai chi chuan* afirman que el cuerpo humano es parecido a la tierra: posee ríos subterráneos. “Si estos ríos no son obstruidos, la circulación de la energía se produce naturalmente”. Esta sabiduría del cuerpo parece haber sido olvidada por un número demasiado grande de expertos contemporáneos que confunden “dominio del cuerpo” con musculatura, endurecimiento, resistencia y condición física “destructora”. Sin embargo, los adeptos taoístas no dejan de poner en guardia: “Un practicante del Tao preserva su cuerpo físico con la misma atención que tendría hacia una piedra preciosa, ya que el Tao no puede ser alcanzado sin el cuerpo...”

La Vía de las artes marciales se asienta por completo en la idea de que un trabajo con el cuerpo es una meditación del cuerpo. El cuerpo puede servir de receptáculo a una energía que obrará en el interior y realizará una maravillosa alquimia.

“Si el adepto armoniza el pequeño universo que es su cuerpo, estará en armonía con el Cosmos”, declaran los taoístas. “La Vía de las artes marciales es hacer del corazón del Universo su propio corazón, lo cual significa estar unido al centro del Universo.” Tal es la increíble afirmación de Ueshiba Morihei.

La ciencia esotérica común a todas las grandes tradiciones enseña que el hombre es un macrocosmos, es decir, un modelo reducido del Universo, del macrocosmos. El ser humano contiene en estado latente todas las dimensiones del Universo, obedece a las mismas leyes, a los mismos ritmos. El arte de apuntar al propio corazón consiste en armonizarse consigo mismo para poder “conectarse” con la fuente del ki original. Se dice que los grandes Maestros han roto la pantalla asfixiante del ego para dejar que el aliento del Universo atravesara su ser. La magia del Tao opera a través de ellos. A través del wu-wei, la no-resistencia, dominan el “arte sin artificio”.

“Cuando un Maestro pasa, los perros no ladran”, dice un proverbio oriental. Reconciliado consigo mismo y con el Universo “absorbe al otro en su propio corazón”, nos confía el Maestro Ueshiba. La presencia de un hombre así armoniza todo lo que le rodea.

“Con un extremo de su arco el arquero clava el Cielo, con el otro, la Tierra, y la cuerda que los une lanza la flecha al Corazón del Blanco visible e invisible”. El Arquero es el Hombre verdadero que según los ritos chinos desempeña una misión en la Creación al mismo nivel que el Cielo y la Tierra: “El Cielo engendra, la Tierra nutre y el Hombre realiza.” El Hombre que practica el Arte de apuntar su Corazón reintegra su verdadero lugar: ser un trazo de Unión entre el espíritu y el cuerpo, entre el Cielo y la Tierra.

La Vía de las artes marciales, tal y como es enseñada por los raros Maestros auténticos, (¡no confundir con las imitaciones!) es pues uno de los hilos de Ariadna que conduce a la llave que nos permite revelar el desafío.

De todas maneras, repiten los Maestros, sea cual sea la Vía elegida para resolver el enigma que nos plantea el Universo en nuestra propia existencia, sólo es posible realizar la gran Aventura a través de

una experiencia vivida, a costa de un aprendizaje intensivo bajo la dirección de un verdadero Maestro. Pero hay que saber, añaden, que la Última Realidad no puede ser comunicada ni por palabras, ni por símbolos. Un guía experimentado puede aconsejar, alentar, pero el secreto no puede ser transmitido de un hombre a otro. Debe ser conquistado.

*“Lo que habéis aprendido escuchando las palabras de otros
Lo olvidaréis rápidamente.
Lo que habéis aprendido con la totalidad de vuestro
cuerpo, lo recordaréis durante toda vuestra vida.”*

FUNAKOSHI GICHIN

*“Conocer algo quiere decir experimentarlo
concretamente.
Un libro de cocina no aliviará vuestra hambre.*

TAKUAN

La mirada desengañada

Un artesano de Naha, capital de Okinawa, se ganaba la vida grabando en su tienda los objetos que le llevaban. Con más de cuarenta años, conservaba una poderosa musculatura que le daba una apariencia temible.

Un hombre, que no parecía tener más de treinta años, entró un día en su tienda para encargarle un grabado. El hombre era grande, de aspecto gallardo, pero eran sobre todo sus ojos los que atraían la atención. Sin embargo, su mirada fascinante como la del águila expresaba ese día una profunda amargura.

El artesano no tardó en preguntarle:

- Perdone mi curiosidad señor, pero ¿no es usted Matsumura, el célebre profesor de karate?
 - Sí, en efecto, ¿por qué?
 - Estaba seguro de ello, exclamó el grabador-, mire, hace mucho tiempo que espero poder tomar lecciones de karate con usted.
 - Imposible, ya no enseño. Ni siquiera quiero oír hablar del karate -tal fue la pasmosa respuesta de Matsumura.
 - No comprendo. Usted es sin embargo el instructor de karate del jefe del clan.
 - Lo era. Precisamente el jefe del clan es el que me ha quitado las ganas de enseñar el karate.
 - Pero usted es uno de los mejores profesores del país. No comprendo.
 - Sin embargo es simple. El jefe del clan tiene enormes defectos en su práctica del karate. Su vanidad le impide reconocerlos y su negligencia corregirlos. Yo no sabía que hacer con él. La última vez le pedí que me atacara con el fin de corregir sus defectos. Me atacó, lo cual no habría hecho un principiante, con un salto y una patada. Le cogí en pleno vuelo con un *shuto* (golpe con la mano abierta) y cayó rodando al suelo, casi desmayado. Así es como he perdido mi empleo.
 - Ya me doy cuenta... Pero no se preocupe, seguramente volverá a tomarle a su servicio. Difícilmente podrá encontrar un instructor mejor que usted.
 - No creo que quiera perdonarme. De todas maneras, he decidido no enseñar más.
 - Eso es estúpido. Usted debería saber que hay altos y bajos en la vida. Además tengo la firme intención de tomar lecciones con usted.
 - No cuente conmigo -cortó secamente Matsumura-, y además, un experto como usted no necesita recibir lecciones.
- Efectivamente, el grabador era también un experto de gran renombre.
- ¿Y usted que sabe? -insistió el grabador-. Tiene quizá mucho que enseñarme.

- ¡Empieza usted a irritarme seriamente! -exclamó Matsumura.
- ¡Bueno, ya que no acepta el darme lecciones, al menos me acordará usted un combate!
¿Cómo? ¿Se siente usted bien?
- ¡No me diga que tiene miedo... ! ¡Tenga por seguro que no será tan fácil hacerme morder el polvo como al jefe del clan!
- Parece ser que usted es muy fuerte, pero ¿no cree que está jugando un juego peligroso? ¿Ha pensado en los riesgos de un combate que se desarrolla entre la vida y la muerte? ¿Conoce sin duda el viejo proverbio que dice que cuando dos tigres combaten, uno saldrá herido, el otro muerto!
- Acepto el riesgo ¿y usted?
- Cuando usted quiera -respondió Matsumura.

A la mañana siguiente, a las primeras luces del alba, los dos hombres se enfrentaron cara a cara en un campo aislado.

El grabador se puso en guardia, de tal manera que no ofreció ninguna abertura. Por el contrario, Matsumura tomó una posición natural (*shizen tai*), con los brazos colgando a lo largo del cuerpo. ¿Se había vuelto loco? ¿Por qué se mantenía en una postura tan vulnerable? La pregunta no esperó la respuesta. El artesano se preparó para pasar rápidamente al ataque.

Lentamente, con precaución, avanzó hacia su adversario que no movió un dedo. De pronto, en el mismo momento en el que iba a saltar, el grabador cayó hacia atrás, como empujado por una fuerza terrible.

Matsumura no había esbozado ni un solo gesto. Aún estaba ahí, con los brazos colgando. Sobre la frente del grabador surgieron gotas de sudor cuando levantó su cabeza que se había vuelto lívida e intentó ponerse de pie. ¿Qué le había sucedido? Le parecía haber sido derribado por la mirada insostenible que le había lanzado Matsumura, mirada que lo había alcanzado hasta lo más profundo de sus entrañas. ¿Era posible? El pobre artesano no salía de su asombro. Pero no podía abandonar el combate, su honor está en juego. Volvió a ponerse en guardia y avanzó. Apenas había dado algunos pasos se detuvo, incapaz de ir más lejos. Fascinado por la mirada de Matsumura se encontraba como preso en una trampa, como vaciado de su sustancia.

No podía quitar los ojos de su adversario. Intentando romper esta fascinación, el grabador lanzó un grito, un *kiai* con lo que le quedaba de energía... Sin efecto. Los ojos de Matsumura ni siquiera pestañearon. El artesano, desesperado, bajó su guardia y comenzó a retroceder.

- Ya es hora de que pase al ataque de otra manera que gritando -le dijo Matsumura sonriendo.
- Es increíble. Esto me supera totalmente. Yo que nunca he perdido un solo combate... ¡Pero que más da! Alguna vez tendría que ser. Más vale morir antes de perder el honor -murmuró el grabador antes de lanzarse a su ataque suicida.

Pero ni siquiera tuvo tiempo de ejecutar su movimiento. Su impulso fue detenido en seco por un *kiai* de Matsumura, un grito fantástico surgido de las profundidades del ser, de otro mundo.

Gimiendo en el suelo, como paralizado, el artesano balbuceó varias veces las mismas palabras antes de que se le pudiera comprender:

- ¡Abandono... abandono... ! - Después giró penosamente la cabeza hacia su vencedor y declaró con lástima: - ¡Qué insensato he sido al provocarle! Mi nivel es ridículo al lado del suyo.

- No lo creo -respondió Matsumura-, estoy seguro de que usted tiene un excelente nivel. Creo que en otras condiciones yo habría sido vencido.

- No intente consolarme. He perdido todas mis fuerzas nada más que sintiendo como su mirada me traspasaba.

- Es posible -explicó Matsumura-, pero creo que la razón es la siguiente: usted estaba decidido a ganar. Yo estaba totalmente determinado a morir si perdía. Esa es toda la diferencia entre nosotros. Ayer, cuando entré en su tienda, estaba completamente absorto por mi melancolía, por mis disgustos con el jefe del clan. Estas inquietudes desaparecieron cuando usted me provocó. Me di cuenta de que no eran más que pequeños detalles sin importancia real. Su desafío me ha vuelto a poner de cara a lo esencial.

La enseñanza del venerable gato

(Esta extraña narración está sacada de un libro antiguo sobre el arte del sable, escrito probablemente por un Maestro del siglo XVII, de la escuela itto-ryu. De inspiración taoísta y Zen, este

“cuento filosóficos contiene lo esencial del secreto de las artes marciales.)

Shoken, un experto en el arte del sable, era importunado desde hacía algunos días por un ratón que se había instalado en su casa. Los mejores gatos de los alrededores habían sido invitados a su casa, transformada en arena de combate para la ocasión. Ante la sorpresa general, el final era siempre el mismo: el cazador, aterrado por los ataques del ratón, terminaba por huir maullando.

El experto, desesperado, decidió matar él mismo a la terrible bestia. Armado con su sable, Shoken atacó. Pero el ratón, ágil como una centella, esquivaba todos los golpes. Shoken reforzó sus embestidas pero el ratón seguía siendo intocable. Bañado en sudor, casi sin aliento, el experto terminó por renunciar. ¿Tendría que dejar una parte de su casa a este maldito ratón? Esta idea le deprimía. Sin embargo, un día, oyó hablar de un gato que tenía fama de ser el mejor cazador de ratones de toda la provincia... Cuando Shoken vio al famoso gato, perdió todas las esperanzas ya que el animal, que no era precisamente joven, tenía un aspecto lamentable. Pero como no tenía nada que perder, dejó que el gato entrara en la habitación en la que el ratón hacía estragos. El gato entró lentamente, con un paso tranquilo, como si no sucediera nada. Al verlo, el ratón quedó petrificado, visiblemente aterrorizado. El gato se acercó a él con calma, lo atrapó sin esfuerzos con su hocico y lo sacó de la habitación.

Esa misma noche, todos los gatos que habían participado en la caza del ratón se reunieron en la casa de Shoken. El Gran Gato, héroe del día, fue respetuosamente invitado al lugar de honor. Uno de los gatos tomó la palabra:

- Estamos considerados los gatos más experimentados del pueblo, pero ninguno de nosotros ha logrado realizar lo que usted ha hecho con este terrible ratón. Su maestría es verdaderamente extraordinaria. Ardemos de impaciencia por conocer su secreto.

El Venerable Gato respondió:

- Antes de intentar explicar los principios del Gran Arte, la dirección de la Vía, me gustaría oír lo que vosotros mismos habéis comprendido y cómo os habéis entrenado.

Un gato negro se levantó y dijo:

- He nacido en una célebre familia de cazadores de ratones. Desde mi infancia he sido entrenado en este arte. Soy capaz de dar saltos de más de dos metros, soy capaz de escurrirme dentro de las ratoneras, en resumen, soy un experto de todo tipo de acrobacias. Además, conozco un gran número de artimañas y tengo más de una victoria en mi bolsillo.

Estoy avergonzado de haber sido vencido por este viejo este viejo ratón.

El Gran Gato le explicó:

- Usted sólo ha aprendido la técnica. Usted sólo está preocupado de saber cómo combinar su ataque. Los Maestros antiguos han inventado la técnicas con el único fin de iniciarnos al método más apropiado para ejecutar el trabajo. El método es naturalmente simple y eficaz. Contiene todos los aspectos esenciales del arte. La eficacia técnica no es la meta del arte. No es más que un medio que debe estar en armonía con la Vía. Si la Vía es olvidada, y la eficacia sobrevalorada, el arte del combate degenera y es utilizado de cualquier manera. No olvide nunca esto.

Un gato atigrado avanzó para dar su opinión:

- Según creo, lo más importante en el arte del combate es el ki, la energía, el espíritu. Durante mucho tiempo me he entrenado a desarrollarlo. Ahora poseo el espíritu más poderoso, el que llena el Cielo y la Tierra. Mi ki se impone al adversario y mi victoria está asegurada antes incluso de que empiece el combate. Incluso puedo capturar un ratón corriendo por una viga: sólo tengo que dirigir mi ki sobre él para que caiga. Pero con este misterioso ratón, no había nada que hacer... Me ha superado totalmente.

El Venerable Gato replicó:

- Usted es capaz de utilizar una gran parte de sus poderes psíquicos, pero el simple hecho de tener conciencia de ello actúa en su contra. Oponer el poder psíquico al adversario no es una solución, ya que corre el riesgo de encontrar otro poder mucho más fuerte. Dice que su espíritu llena el Cielo y la Tierra, pero se equivoca. No se trata del espíritu sino de su sombra. *No hay que confundir el psiquismo con el espíritu. El verdadero espíritu es una oleada de energía inagotable que fluye como un río mientras que la fuerza del suyo depende de ciertas condiciones parecido a los torrentes que sólo viven el tiempo de una tormenta.* Esta diferencia de origen implica una diferencia de resultados. Un ratón arrinconado se muestra a menudo mucho más combativo que el gato que lo ataca. Se encuentra al acecho y todo su ser encarna el espíritu de combate. Muy pocos gatos pueden romper su resistencia.

El gato gris tomó la palabra a su vez:

- Como usted lo acaba de decir, un espíritu está siempre acompañado por su sombra, y sea cual sea su

fuerza, el enemigo puede aprovecharse de esta sombra. Durante mucho tiempo me he entrenado en este sentido: no resistir al adversario, sino por el contrario, utilizar su fuerza para volverla a él. Gracias a mi fluidez, ni siquiera los ratones más poderosos consiguen alcanzarme. Pero este extraño ratón no ha caído en la trampa de mi actitud de no-resistencia.

El Gato anciano respondió:

- Eso que usted llama actitud de no-resistencia no está en armonía con la Naturaleza. Se trata de una estratagema fabricada por su mente. La no-resistencia artificial necesita una voluntad psíquica que interfiere la calidad de sus percepciones y bloquea la espontaneidad de sus movimientos. Hay que despojarse de todas las coacciones mentales para dejar que la Naturaleza se manifieste a fondo. Cuando la Naturaleza sigue su propio camino y actúa a su modo en uno, no hay ya ninguna sombra, ninguna vacilación, ningún fallo de los que pueda aprovecharse el adversario... A pesar de que sólo soy un simple gato que no conoce muchas cosas de los asuntos humanos, permitirme evocar el arte del sable para explicar algo más profundo. El arte del sable no consiste solamente en vencer al adversario. Es ante todo un arte de ser consiente, en el momento crítico, de la causa de la vida y de la muerte. Un samurai debe acordarse de esto y ejercerse a un entrenamiento espiritual tanto como a la técnica del combate. Debe pues intentar penetrar la causa de la vida y de la muerte. Cuando se alcanza este nivel de la existencia, se está libre de todo pensamiento egoísta, no se alimenta ninguna emoción negativa, no se calcula ni se delibera. El espíritu no resiste, está en armonía con todo lo que lo rodea.

“Cuando hayáis llegado al estado de “no-deseo”, el espíritu, que por naturaleza es informe, no contiene ningún objeto. El ki, la energía espiritual, se expande entonces sin bloqueos, de manera equilibrada. Si, por el contrario, un objeto la atrae, la energía se mueve y fluye en una sola dirección mientras que en la otra dirección falta. Allí donde hay demasiado, desborda y no puede ser controlada. Allí donde falta, no es suficientemente alimentada y se encoge. En ambos casos os encontraréis en la imposibilidad de enfrentaros a situaciones que están continuamente cambiando. Pero allí donde prevalece el “no-deseo” el espíritu no es impulsado en una sola dirección, sino que trasciende a la vez sujeto y objeto.

Shoken planteó entonces esta pregunta:

- ¿Que se debe entender por “trascender el sujeto y el objeto”?

El Venerable Gato respondió:

- *El enemigo existe porque hay un “yo”. Cuando no hay “yo”, no hay enemigo. Si a cada cosa le adosáis una palabra, una etiqueta, si la encerráis en una forma fija y artificial, parecen que existen en oposición. El macho se opone a la hembra, el fuego al agua. Pero cuando no se manifiesta ningún juicio en vuestra mente, ningún conflicto ni oposición puede aparecer. No hay entonces ni “yo”, ni enemigo. Una vez superada la mente, se saborea un estado de absoluto “no hacer”, se está en serena armonía con el universo, se es uno con él. En ese momento no se hace ninguna elección entre verdadero o falso, entre agradable o desagradable. Se es libre del mundo dualista fabricado por vuestra mente. Pero cuando un minúsculo grano de polvo entra en el ojo, ya no podemos mantenerlo abierto. El espíritu es parecido al ojo. Pierde su poder desde el momento en el que un objeto entra en él.*

“Esto es todo lo que puedo explicaros. Vosotros debéis experimentar su veracidad. La verdadera comprensión se sitúa más allá de cualquier enseñanza escrita. Es necesaria una transmisión especial de hombre a hombre, pero de todas maneras es uno mismo quien debe alcanzar la verdad. Enseñar no es muy difícil, oír tampoco, pero ser consiente de lo que está en vosotros es realmente difícil. El “satori”, el despertar, no es nada más ni nada menos que el hecho de ver en el interior de sí mismo. El satori es el fin de un sueño. El despertar, la realización de sí mismo, y ver en el interior de su propio ser no son más que sinónimos...”

ÍNDICE

LOS CUENTOS DE LA MARAVILLOSA SABIDURÍA Y LA DANZA DEL VACÍO, de Michel Random	02
UNA HERENCIA MILENARIA	03
El mensaje de los cuentos	04
El arte de detener la lanza	04
El arte y la Vía	04
La génesis de las wu-shu	05
La escuela de Bodhidharma	05
El arte de la mano suave	06
El budô y el <i>bu-jutsu</i>	07
Los <i>bu-jutsu</i> armados	08
Los <i>bu-jutsu</i> a mano desnuda	09
EN EL UMBRAL DEL MISTERIO	10
El blanco invisible	12
Sexto sentido	13
Bokuden y sus tres hijos	13
El ojo del guerrero	14
Concentración infalible	14
El increíble Chi	14
El secreto de la eficacia	15
La capa mágica	15
Tal armero, tal arma	16
FRENTE A LA MONTAÑA	17
No tan idiota	18
Una enseñanza acelerada	19
El ladrón de conocimiento	20
El Maestro de los Tres Picos	21
La imagen de Asari	21
LA TRAMPA DE LAS APARIENCIAS	22
La apuesta del viejo guerrero	23
La ley del equilibrio	24
El temible secreto del bonzo	24
El campeón y el Maestro	25
Una bomba de tiempo	26
LA GRAN PRUEBA	28
El corte	29
En las manos del destino	30
El condenado a muerte	30
Un Maestro sin técnica	31
El Maestro de té y el ronin	31
Al borde del abismo	33
LA LECCIÓN DE LOS MAESTROS ZEN	34
Las puertas del paraíso	36
De mano del maestro	37

El arte de detener la

19

Una conversión original	37
La prueba.....	38
El arquero y el monje	39
VENCER SIN COMBATIR	40
El humor, arma del sabio	42
La escuela del combate sin arma	42
Tres moscas	43
El asesino desarmado	43
Una demostración convincente	43
El corazón del sauce.....	44
Dejar que el gallo madure.....	45
EL ÚLTIMO SECRETO	46
La mirada desengañada	48
La enseñanza del venerable Gato	50

Libros Tauro

<http://www.LibrosTauro.com.ar>